Robert Graves

La GUERRA de TROYA

La guerra de Troya es la recreación de uno de los hechos esenciales para la comprensión del mundo clásico griego y de la literatura épica.

Los conflictos entre Aquiles y Agamenón, el escenario de la guerra, la personalidad de Héctor, son explicados con una prosa tan admirable como amena. Tal vez éste es, en palabras de Graves, «el primer intento moderno de aplicar toda la historia de Troya, desde la fundación de la ciudad hasta el retorno de los griegos victoriosos, en un libro breve».

Esta novela, una de las más queridas por el propio Graves, es, al final, mucho más que la mera explicación de una leyenda: es un alegato a favor de la amistad y en contra de la guerra, un homenaje a la literatura clásica y, por encima de todo, una aventura apasionante que se ha constituido ya en una pequeña obra maestra del siglo XX.

Robert Graves

La guerra de Troya

ePub r1.5
Titivillus 26.09.2018

Título original: *The Siege and fall of Troy*
Robert Graves, 1962
Traducción: Lucía Graves

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

PRÓLOGO

La guerra de Troya describe todos los males que suelen aparecer en las guerras a gran escala: ambición, avaricia, sufrimiento, traición, incompetencia. Pero los griegos, aunque nos cuentan con toda franqueza cómo sus antepasados se arruinaron en esta estúpida campaña de diez años, tampoco consideran a los dioses olímpicos libres de culpa. Según ellos, la guerra les fue impuesta al rey Príamo y al rey Agamenón por una disputa envidiosa entre tres diosas, que el propio Zeus Todopoderoso no se atrevió a resolver. En otras palabras, por fuerzas fuera del control humano. Los efectos se sintieron en lugares tan alejados como el norte de Italia, Libia, Etiopía, Palestina, Armenia y Crimea.

Los poemas de Homero no son, ni mucho menos, la única fuente de la leyenda; de hecho, unos dos tercios de este libro se basan en otros autores griegos y latinos. Y, sin embargo, al enlazar las distintas narraciones, quedo sorprendido al descubrir lo bien que concuerdan. Buena parte del relato tiene sentido histórico, a pesar de que Homero tomó prestada a la fuga de Paris y Helena de un poema épico anterior, y aunque el famoso caballo de madera fue, según algunos escritores, sólo una máquina de asedio: una estructura de madera recubierta con pieles de caballo, que permitió a los hombres de Agamenón escalar las murallas de Troya en un punto débil. Desgraciadamente, las únicas descripciones de la lucha consisten en aventuras de reyes y príncipes montados sobre carros, tal vez debido a que los juglares homéricos cantaban sus poemas en las cortes reales, donde la democracia no estaba bien vista. Tersites, el único soldado raso mencionado por su nombre en la *Ilíada*, es ridiculizado; nos es descrito como un hombre feo, deformado y cobarde que intenta comenzar un motín en el campamento.

Troya, cuyas ruinas a la entrada del Helesponto (hoy día llamado el estrecho de los Dardanelos) han sido descubiertas y excavadas, cayó, por lo visto, a principios del siglo XII a. C. La *Ilíada* de Homero está ahora fechada alrededor del año 750 a. C. La Odisea, aunque supuestamente es también obra de Homero, fue escrita una generación más tarde por una manera distinta, y no concuerda con la trama generalmente aceptada de la guerra troyana, pues encubre las faltas de Ulises y le permite escapar del castigo que se merecía. La literatura inglesa, para ser bien entendida, requiere un conocimiento tan bueno de la guerra de Troya como de la Biblia: la belleza de Helena, la astucia de Ulises, el noble coraje de Héctor, el talón vulnerable de Aquiles, la locura de Áyax, son conceptos que se han vuelto proverbiales. Sin embargo, éste es tal vez el primer intento moderno de relatar toda la historia, desde la fundación de Troya hasta el regreso de los griegos victoriosos, en un libro breve para muchachos y muchachas. Pueden encontrarse más detalles, con una lista de los libros antiguos consultados, en mis *Mitos griegos*.

R. G.
Deià, Mallorca.

I

LA FUNDACIÓN DE TROYA

Se dice que Troya fue fundada por el príncipe Escamandro que, a causa del hambre, se marchó navegando hacia el este, desde la isla de Creta, con un gran número de seguidores, dispuesto a fundar una colonia en algún lugar fértil. Un oráculo le ordenó instalarse en cualquier lugar donde los enemigos nacidos de la tierra desarmaran a sus hombres al caer la noche. Atracó en la costa de Frigia, a la vista de una montaña alta cubierta de pinos a la que llamó Ida en honor al monte cretense del mismo nombre y acampó al lado de un río al que puso su propio nombre, Escamandro. A la mañana siguiente, cuando se despertaron los cretenses, vieron que un tropel de ratones hambrientos había roído las cuerdas de sus arcos, las correas de cuero de sus escudos y todas las partes comestibles de sus armaduras. Por lo tanto, éstos debían de ser los enemigos nacidos de la tierra de los que hablaba el oráculo. Escamandro ordenó una parada, hizo amistad con los nativos de Frigia y comenzó a cultivar la tierra. No mucho tiempo después, atracó cerca de allí una colonia de locrenses griegos y se pusieron bajo sus órdenes. A pesar de que los frigios le dejaron construir una ciudad cerca del río, Escamandro todavía no había decidido cuál era el mejor lugar. Entonces alguien propuso enviar a la llanura una vaca moteada para ver dónde se acomodaba para rumiar. La vaca eligió una pequeña colina y los hombres de Escamandro fijaron a su alrededor los límites de Troya. Construyeron casas en su interior, pero estuvieron algunos años sin construir la muralla porque estaban demasiado ocupados mejorando sus granjas.

Finalmente, un rey troyano llamado Laomedonte consiguió toda

la ayuda que necesitaba de dos importantes dioses, Poseidón y Apolo. Éstos se habían rebelado contra Zeus todopoderoso, líder de los dioses del Olimpo, quien les había sentenciado a ser esclavos de Laomedonte durante todo un año. Poseidón construyó gran parte de la muralla bajo las órdenes del rey, mientras que Apolo tocaba el arpa y cuidaba de los rebaños reales. Éaco, un colono locrense, construyó la muralla delante del mar. Desde luego, no era tan fuerte como las construidas por los dioses.

Laomedonte prometió pagarles un buen sueldo a Apolo, Poseidón y Éaco por su trabajo, pero como era el más tacaño de los hombres, los echó con las manos vacías. Éaco, disgustado, regresó a Grecia navegando, Apolo envenenó los rebaños troyanos con raíces ponzoñosas y Poseidón se vengó enviándoles a tierra un monstruo marino cubierto de escamas para que se tragara vivo a cualquier troyano que se cruzara por su camino. Cuando los troyanos culparon a Laomedonte por sus infortunios, éste consultó el oráculo de Apolo. La sacerdotisa le dijo que el monstruo no se marcharía hasta que se hubiera comido a su hija Hesíone. Entonces el rey la ató desnuda a una roca. Sin embargo, en aquel preciso momento, pasaba Heracles, el héroe, camino de una de sus tareas y se apiadó de Hesíone. Prometió destruir al monstruo si Leomedonte le daba permiso para casarse con ella y, además, le entregaba dos maravillosos caballos blancos como la nieve, regalo de Zeus todopoderoso. Leomedonte aceptó encantado. En consecuencia, Heracles le partió el cráneo al monstruo con un golpe de su garrote de olivo y rescató a Hesíone. Laomedonte, avaro como siempre, engañó a Heracles no sólo denegándole a Hesíone, sino también los caballos. Heracles se marchó maldiciéndole y regresó, al cabo de unas pocas semanas, al mando de una pequeña escuadra que había tomado prestada del hijo de Éaco, Telamón. Tomaron Troya por sorpresa, vencieron a Laomedonte, mataron a todos sus hijos (excepto el más joven, cuyo nombre era Príamo) y se llevaron a Hesíone.

Príamo fue proclamado rey de Troya. Habiendo reforzado la ciudad más de lo que estaba antes, después de un reinado largo y sabio, organizó un consejo para decidir la mejor manera de recuperar a su hermana Hesíone. Cuando sugirió que se enviara una flota para rescatarla, el consejo le advirtió que primero tenía que

pedir de forma educada que se la entregasen. De acuerdo con ello, los mensajeros de Príamo visitaron Salamina, donde les dijeron que vivía. Se les recordó que, previamente, Laomedonte había prometido Hesíone a Heracles, pero que le engañó; que Heracles volvió, saqueó Troya, se llevó a la princesa y la entregó en matrimonio a su amigo Telamón; que el padre de Telamón, Éaco, también fue engañado por Laomedonte; y, finalmente, que Hesíone le dio a Telamón un hijo llamado Teucro el arquero (ahora ya mayor) y que no quería irse de Salamina, ni siquiera para una visita corta.

II

PARIS Y LA REINA HELENA

El rey Príamo se enfadó al oír la información de la visita de los mensajeros a Salamina y cuando su hijo Paris se marchó con la reina Helena de Esparta y se la llevó a Troya, también se negó a devolverla. Esta decisión fue la que provocó la larga y desastrosa guerra de Troya, que no benefició a nadie, ni siquiera a los conquistadores.

Ésta es la historia de Paris y Helena. Paris era el hijo de Príamo y de la reina Hécuba, la que soñó, antes del nacimiento de su hijo, que en lugar de un niño iba a dar a luz a un haz de leña encendido del que saldrían innumerables serpientes. Príamo le preguntó a Calcante, el profeta de Apolo, qué significaba el sueño. Éste respondió:

—Este niño será la ruina de Troya. ¡Córtale el cuello tan pronto como nazca!

Príamo no tenía el valor de matar a ningún bebé, especialmente su propio hijo, pero la advertencia le asustó; así que entregó el niño a su capataz de pastores diciéndole:

—Déjalo detrás de un arbusto en algún lugar del bosque del monte Ida y no vuelvas allí en diez días.

El pastor obedeció. Pero al noveno día, al pasar por el tupido valle de arbustos en el que Paris fue abandonado, el pastor encontró una osa amamantándole. Asombrado ante aquella situación, llevó a Paris junto a sus propios hijos.

Paris creció alto, atractivo, fuerte e inteligente. Los otros pastores siempre le invitaban para que juzgase las corridas de toros. Zeus todopoderoso, observándole desde su palacio del lejano

Olimpo, se dio cuenta de lo honesto que era al dar sus veredictos en ciertas ocasiones y un día le eligió para que presidiera un concurso de belleza al cual él prefería no ir. Esto es lo que ocurrió: la diosa de la discordia, llamada Eris, no fue invitada a una famosa boda (la de la nereida Tetis con el rey Peleo de Ftiótide) a la que sí asistieron el resto de dioses y diosas. Eris lanzó con rencor una manzana de oro a los invitados después de haberle escrito en la piel: «¡Para la más bella!». Le habrían llevado la manzana a Tetis, ya que era la novia, pero tuvieron miedo de ofender a las tres diosas más importantes allí presentes: Hera, la esposa de Zeus todopoderoso; Atenea, su hija soltera, no sólo diosa de la sabiduría sino también de la guerra; y su nuera Afrodita, diosa del amor. Cada una de ellas creía ser la más hermosa, y comenzaron a pelearse por la manzana, tal como Eris había previsto. La única esperanza de Zeus para conseguir la paz doméstica era organizar un concurso de belleza y elegir a un juez justo.

Así pues, Hermes, el heraldo de los dioses, descendió con la manzana y un mensaje de Zeus para Paris:

—Tres diosas —anunció— vendrán a visitarte aquí, en el monte Ida, y las órdenes de Zeus todopoderoso son que tú deberás premiar con esta manzana a la más bella. Por supuesto, todas ellas se conformarán con tu decisión.

A Paris le desagradaba la tarea, pero no podía evitarla.

Las diosas llegaron juntas, y cada una, al llegar su turno, descubrió su belleza; y cada una, al llegar su turno, le ofreció un soborno. Hera se comprometió a nombrarle emperador de Asia. Atenea a convertirle en el hombre más sabio y más victorioso en todas las batallas. Pero Afrodita se acercó cautelosamente y le dijo:

—¡Querido Paris, declaro que eres el muchacho más atractivo que he visto desde hace muchos años! ¿Por qué perder el tiempo aquí, entre toros, vacas y pastores estúpidos? ¿Por qué no te mudas a alguna ciudad rica y llevas una vida más interesante? Mereces casarte con una mujer casi tan hermosa como yo, déjame que te sugiera a la reina Helena de Esparta. Una mirada y haré que se enamore de ti tan profundamente que no le importará dejar a su marido, su palacio, su familia… ¡Todo por ti!

Excitado por el relato de Afrodita sobre la belleza de Helena, Paris le dio a ella la manzana, mientras que Hera y Atenea se

marcharon enfurecidas, cogidas del brazo, para planear la destrucción de toda la raza troyana.

Al día siguiente, Paris hizo su primera visita a Troya y se encontró con que se estaba celebrando un festival de atletismo. Su padrastro, el pastor, que también había ido con él, le advirtió de que no participara en la competición de boxeo que estaba teniendo lugar delante del trono de Príamo; pero Paris se avanzó y ganó la corona de la victoria al mostrar más su valor que su destreza. También se apuntó para participar en la carrera y llegó el primero. Cuando los hijos de Príamo le desafiaron a una carrera más larga, les volvió a ganar. Les molestó tanto que un campesino hubiera conseguido tres coronas de victoria seguidas que desenvainaron las espadas. Paris corrió hacia el altar de Zeus en busca de protección, mientras que su padrastro se arrodillaba ante Príamo suplicando:

—¡Majestad perdonadme! Éste es vuestro hijo perdido.

El rey llamó a Hécuba y el padrastro de Paris le mostró un sonajero que había encontrado en sus manos cuando éste era un bebé. Ella lo reconoció al instante; de manera que se llevaron a Paris con ellos y en el palacio celebraron un enorme banquete en honor de su vuelta. Sin embargo, Calcante y los demás sacerdotes de Zeus advirtieron a Príamo que si Paris no moría inmediatamente, Troya se convertiría en humo. Él respondió:

—¡Prefiero que se queme Troya a que se muera mi maravilloso hijo!

Príamo preparó una flota para navegar hacia Salamina y rescatar a la reina Hesíone con las armas. Paris se ofreció para tomar el mando, y añadió:

—Y si no podemos llevar a mi tía a casa, quizá yo pueda capturar a alguna princesa griega a la que podamos retener como rehén.

Sin duda alguna, ya estaba planeando llevarse a Helena, y no tenía ninguna intención de llevar a casa a su vieja tía, que no despertaba el más mínimo interés en ningún troyano, excepto Príamo, y además se sentía perfectamente feliz en Salamina.

Mientras Príamo decidía si le dejaba tomar el mando a Paris, Menelao, rey de Esparta, visitó Troya por un asunto de negocios. Se hizo amigo de Paris y le invitó a que fuera a Esparta, cosa que le permitió llevar a cabo su plan fácilmente, utilizando sólo una nave

rápida. Él y Menelao zarparon tan pronto como el viento les sopló favorablemente y al llegar a Esparta lo festejaron juntos durante nueve días seguidos. Según lo que dijo Afrodita, Helena se enamoró de Paris a primera vista, pero le dio vergüenza el descarado comportamiento del chico. Incluso se atrevió a escribir «¡Quiero a Helena!»

Con el vino vertido sobre la mesa del banquete. Menelao, entristecido por la noticia de la muerte de su padre en Creta, no se dio cuenta de nada y, transcurridos los nueve días, embarcó para ir al funeral, dejando a Helena que gobernara en su ausencia. Al fin y al cabo, era el deber de Helena, ya que él era rey de Esparta por haberse casado con ella.

Aquella misma noche, Helena y Paris se fugaron en su rápida nave, tras subir a bordo la mayoría de los tesoros de palacio que ella había heredado de su padrastro. Paris robó una gran cantidad de oro del templo de Apolo como venganza por la profecía hecha por sus sacerdotes según la cual debería haber sido asesinado al nacer. Hera levantó, con rencor, una fuerte tormenta que empujó su nave hacia Chipre; y Paris decidió quedarse allí algunos meses antes de volver a casa (Menelao debía de estar anclado en Troya, esperando para atraparle). En Chipre, donde tenía amigos, reunió una flota para atacar Sidón, una rica ciudad en la costa de Palestina. El ataque fue un gran éxito: Paris mató al rey de Sidón y consiguió una vasta cantidad de tesoros.

Finalmente, cuando volvió a Troya, su nave estaba cargada de plata, oro y piedras preciosas y los troyanos le dieron la bienvenida entusiasmados. Todos pensaron que Helena era tan hermosa, más allá de cualquier comparación, que el mismo rey Príamo juró que nunca la ofrecería, ni siquiera a cambio de su hermana Hesíone. Paris tranquilizó a sus enemigos, los sacerdotes troyanos de Apolo, dándoles el oro robado del tesoro del dios de Esparta; y casi las únicas personas que no veían muy claro lo que ahora podía pasar eran la hermana de Paris, Casandra, y su hermano gemelo, Heleno, que poseían el don de la profecía. Este don lo adquirieron accidentalmente, siendo todavía niños, al quedarse dormidos en el templo de Apolo. Las serpientes sagradas salieron y les lamieron las orejas, cosa que les permitió escuchar la voz secreta del dios. Esto no fue muy bueno para ellos, porque Apolo se las ingenió para que

nadie creyera sus profecías. Casandra y Heleno advirtieron a Príamo una y otra vez que nunca permitiera a Paris visitar Grecia. Ahora le advirtieron que devolviera a Helena y a su tesoro inmediatamente si quería evitar una guerra larga y terrible. Príamo no les prestó la más mínima atención.

III

LA EXPEDICIÓN ZARPA

Cuando Helena ya se había hecho mujer en Esparta, en el palacio de su padrastro Tindáreo (era la hija de Zeus todopoderoso y de Leda, reina de Esparta y hermana de los gemelos celestiales Cástor y Pólux), la mayoría de los reyes y príncipes de Grecia querían casarse con ella. Entre ellos estaban Diomedes de Argos, Idomeneo de Creta, Ciniras de Chipre, Patroclo de Fitiotida, Palamedes de Eubea, Áyax de Salamina, su medio hermano Teucro el arquero (hermano griego de Hesíone) y Ulises de Ítaca. Todos llevaban ricos regalos, todos menos Ulises, que, sin tener esperanzas de éxito, llegó con las manos vacías. El marido elegido fue, obviamente, Menelao, hermano del alto rey Agamenón de Micenas casado con la hermana de Helena, Clitemnestra.

Aunque Tindáreo no expulsó a ninguno de estos pretendientes, no se atrevió a aceptar sus regalos por miedo a ser acusado de favoritismo. Pero como todos habían puesto el corazón para ganarse a Helena, la más adorable de Grecia, el miedo de Tindáreo iba creciendo ante la posibilidad de que hubiera una batalla abierta en su palacio. Ulises se acercó a él diciéndole:

—Si os explico cómo podéis evitar una lucha, rey Tindáreo, ¿me dais vuestro permiso para casarme con vuestra sobrina Penélope?

—¡Trato hecho! —exclamó Tindáreo.

—Muy bien —dijo Ulises—. Debéis conseguir lo siguiente: hacer que os juren que defenderán al que llegue a ser el marido de Helena contra cualquiera que le guarde rencor por su buena suerte.

—¡Vaya consejo más sensato! —dijo Tindáreo, sonriendo agradecidamente.

De inmediato sacrificó un caballo a Poseidón, cortó su cuerpo en doce pedazos e hizo que cada pretendiente se quedara al lado de uno de ellos y repitiese con él el juramento sugerido por Ulises. Entonces enterró los pedazos tras un montículo llamado «La tumba del caballo» y explicó que el hombre que rompiera su juramento caería bajo la ira más extrema del dios. Después de todo esto, anunció que Menelao iba a ser el marido de Helena y lo nombró heredero del trono de Esparta.

Si Hera y Atenea no hubieran estado tan enfadadas con Paris por haberle dado la manzana a Afrodita, nunca habría comenzado la guerra de Troya. Pero tan pronto como Hera se enteró de que él se llevaba a Helena (que, por cierto, abandonó a su hija de nueve años, Hermione) mandó a Iris, diosa del arco iris, para que le diera la noticia a Menelao. Éste se apresuró a marchar de Creta a casa y se quejó a su hermano Agamenón:

—Ese bribón de Paris vino a Esparta como un invitado y el muy villano se ha fugado con mi esposa Helena. Envidiaba mi buena suerte. Cuento contigo para que recuerdes a todos los pretendientes el juramento que realizaron ante Poseidón. Deben unirse inmediatamente a nosotros en una expedición en contra de Troya.

Agamenón, sabiendo que Troya era una ciudad casi inexpugnable y que el rey Príamo tenía poderosos aliados en Asia Menor y en Tracia, dudó por un momento. Entonces dijo:

—Sí, me temo que tendremos que hacer lo que pides, hermano. Pero primero mandaremos mensajeros a Troya para que pidan el regreso de Helena y de los tesoros robados. Si Príamo es sensato, seguramente no se arriesgará a llevar a cabo una guerra contra Grecia.

Cuando los mensajeros de Agamenón llegaron a Troya, Príamo les dijo que no sabía nada de aquel asunto, cosa que era cierta, porque Paris todavía no había vuelto de Sidón. Entonces añadió:

—No obstante, señores míos, si realmente la reina Helena se ha ido de Esparta con mi hijo y con los tesoros de palacio, lo habrá hecho por propia voluntad. Paris sólo se llevó un navío, y sus pocos marineros difícilmente habrían podido derrumbar el palacio del rey Menelao y el templo de Apolo sin la ayuda de ella.

Esta razonable respuesta enojó a Agamenón, que envió mensajeros por toda Grecia para recordar a los pretendientes de

Helena el juramento y para reunir voluntarios.

—Los dioses están de nuestra parte —explicó— por el comportamiento traicionero de Paris. No tendremos ningún problema para saquear Troya, que es inmensamente rica. Su caída nos permitirá el paso hacia el mar Negro. Los troyanos, que guardan los estrechos, ahora nos hacen pagar el doble por todos los productos importados de Oriente, como la madera, el hierro, las pieles, los perfumes, las especias y las piedras preciosas. ¡Qué placer, ahorrarnos tanto dinero! Agamenón y Palamedes fueron a visitar a Ulises, rey de Ítaca, pero lo encontraron con muy poca voluntad para unirse a la expedición. De hecho, cuando le dijeron que llegaban, se puso un birrete redondo de fieltro de profeta y labró un campo con un buey y un burro unidos con un yugo arrojando sal sobre su espalda mientras trabajaba. Hacía esto porque un oráculo le había advertido que, una vez que hubiera abandonado Ítaca para ir a Troya a luchar, no volvería hasta después de veinte años, solo y andrajoso. «Labrar con un buey y un burro» era un proverbio que quería decir trabajar verano e invierno, y cada surco sembrado con sal valía por un año perdido. Pero cuando el arado llegó al décimo surco, Palamedes se llevó al hijo de Ulises, Telémaco, de los brazos de Penélope y lo puso delante de los animales, forzando a su padre a detenerlos. Con ello Palamedes profetizó que Telémaco, o «la batalla final», tendría lugar el décimo día. Ulises se comprometió a aportar una pequeña flota, ya que no pudo negarse a ello.

Los mensajeros de Agamenón fueron también a Chipre, donde el rey Cíniras les prometió cincuenta navíos, pero les engañó enviándoles sólo uno de verdad y cuarenta y nueve de juguete, con muñecos por tripulantes, que el capitán arrojó al pasar cerca de la costa de Grecia. Agamenón pidió a Apolo que castigara el fraude, y Apolo hizo que Cíniras muriera de una enfermedad repentina.

A Calcante, el sacerdote troyano de Apolo, que consultó el oráculo délfico por sugerencia de Príamo, la sacerdotisa le ordenó unirse a los griegos y no abandonar su lugar en Troya, pasara lo que pasara. En aquel momento profetizó que Troya no podría ser tomada sin la ayuda de un joven héroe llamado Aquiles, hijo del rey Peleo y de la nereida Tetis, en cuya boda fue lanzada la fatal manzana. Tetis se cansó pronto de su marido mortal porque

envejecía, se debilitaba y cada día era más aburrido; mientras que ella, una diosa, siempre permanecía joven y vigorosa. Pero decidió hacer invulnerable a su hijo Aquiles sumergiéndolo en el Estigia, el río sagrado, cogido por un talón; y, después de esto, lo llevó a Quirón, el centauro (los centauros eran mitad hombres mitad caballos), de quien recibió la mejor educación posible: monta de caballo, caza, música, medicina e historia. Aquiles mató su primer jabalí cuando empezó a caminar, y poco tiempo después ya podía correr lo suficientemente deprisa como para capturar y cazar ciervos. Al ser hijo de una diosa, ya había crecido del todo a la edad en que otros niños todavía se aferraban, a las faldas de sus madres.

La diosa del destino le dijo a Tetis que si su hijo iba a Troya, nunca volvería vivo: su destino podía ser tanto una vida larga y tranquila como corta, excitante y gloriosa. Así que, al suponer que Ulises intentaría reclutar a Aquiles para la guerra, Tetis lo apartó de Quirón y lo envió a la isla de Esciros. Allí vivió con las hijas del rey, disfrazado de muchacha.

Ulises oyó un rumor sobre el paradero de Aquiles y zarpó hacia Esciros con un cofre de valiosas joyas y ropa para regalar a las princesas. Cuando todas ellas se reunieron a su alrededor y eligieron sus regalos, Ulises ordenó a su trompeta que tocara alarma a la entrada del palacio. Una de las chicas se quitó inmediatamente la túnica de lino y se colgó la espada y el escudo que había dentro del cofre con los otros regalos. No había duda de que esa chica era Aquiles, que fue fácilmente persuadido por Ulises para unirse a la expedición. El rey Peleo le dio a Aquiles el mando de una pequeña flota, aunque insistía en que era demasiado joven para ir a la guerra sin su tutor, un hombre sabio llamado Fénix, rey de los dólopes. El inseparable acompañante de Aquiles, su primo Patroclo, también fue aunque, como había sido uno de los pretendientes de Helena, hubiera ido de todos modos. Peleo contaba con Patroclo para proteger a Aquiles en la batalla y con Fénix para darle buenos consejos.

La flota griega se reunió en Aulis, una playa protegida delante de la isla de Eubea. Alrededor de unas mil naves, con unos treinta hombres cada una, atracaron en la arena blanca, algunas venidas desde lugares tan lejanos como el noroeste de Grecia y las islas de Cos, Rodas y Creta.

Agamenón, el comandante en jefe, sacrificó cien toros a Zeus todopoderoso y a Apolo, pero, tan pronto como lo hizo, una serpiente azul con marcas rojas como la sangre salió de detrás del altar y se subió a un plátano que crecía cerca de allí. Un gorrión había construido su nido en la rama más alta y en él había ocho crías. La serpiente se las comió todas, una a una; después también se comió a la madre. Calcante lo interpretó como una señal de que, aunque pasaran nueve años antes de la caída de Troya, ésta caería finalmente.

La inmensa flota se dirigió hacia Troya empleando remos y velas, pero Afrodita envió una tormenta por el noroeste para desviar su rumbo. Al llegar a Asia Menor, los griegos saquearon el lugar pensando que era parte de Frigia. En realidad estaban en Misia, mucho más lejos al sur. Una dura batalla en contra de los misios les costó doscientos o trescientos hombres antes de descubrir su error. Cuando volvieron otra vez al mar, Afrodita dispersó la flota con una espantosa tormenta y las naves que se mantuvieron a flote volvieron a Aulis como pudieron. Se perdió un tercio de la expedición.

Agamenón se impacientaba. Los vientos todavía eran desfavorables y las provisiones escaseaban. Consultó con Calcante. Eso sí, cuando Calcante no era inspirado proféticamente por Apolo, acostumbraba a hacer suposiciones al azar. En esta ocasión dijo:

—Señor mi rey, Artemis está enfadada porque, cuando estuvisteis cazando hace algunos días y disparasteis al cuello de un ciervo desde una gran distancia, alardeasteis estúpidamente: «¡Ni la misma Artemis podría haberlo hecho mejor!».

—¿Qué tengo que hacer para apaciguar a la diosa? —preguntó Agamenón.

—Sacrificarle la más bella de tus hijas —respondió Calcante.

—¿Te refieres a Ifigenia? —exclamó Agamenón—. ¡Pero mi mujer nunca lo permitirá!

—Entonces, ¿por qué decírselo? —preguntó Calcante.

—¡Me niego a sacrificar a mi hija! —fueron las últimas palabras de Agamenón.

Cuando los jefes griegos supieron que la expedición se detuvo porque su comandante en jefe no quería escuchar a los profetas de Apolo, algunos de ellos quisieron deponerlo en favor del príncipe

Palamedes de Eubea; y Ulises avisó a Agamenón de lo que estaba pasando. Así pues, después de todo, un heraldo real fue a buscar a Ifigenia de Micenas, con la falsa excusa, inventada por Ulises, de que Agamenón quería premiar a Aquiles por sus valientes proezas en Misia haciéndolos marido y mujer. A pesar de esto, Agamenón mandó un mensaje secreto a Clitemnestra: «¡No le hagas caso al heraldo!», pero este mensaje nunca le llegó. Menelao lo interceptó e Ifigenia llegó a Aulis.

Aquiles, al oír que Ifigenia había sido atraída a la muerte por el uso malicioso del nombre de él, protestó de forma airada e intentó salvarle la vida. Sin embargo, ella consintió, noblemente, en morir por Grecia y ofreció su joven cuello al hacha de sacrificio. Pero antes de que la hoja cayera, sonó un trueno, destelló un relámpago e Ifigenia desapareció. Artemis se la llevó por el aire a una lejana península ahora llamada Crimea, donde se convirtió en la sacerdotisa de los salvajes táurides.

El vendaval del noroeste aflojó y la enorme flota se dirigió de nuevo hacia Troya.

IV

LOS PRIMEROS OCHO AÑOS DE GUERRA

Los griegos tomaron tierra en Tenedos, una isla visible desde Troya, y saquearon la ciudad. Fue aquí donde tuvo un accidente el rey Filoctetes de Metona, que había heredado los famosos arcos y flechas de Heracles. Mientras le ofrecía un enorme sacrificio a Apolo en gratitud por la victoria conseguida por sus tropas, una serpiente venenosa le mordió el talón.

Ningún tipo de ungüento pudo reducir la hinchazón. La herida hedía y Filoctetes gritaba con tanto sufrimiento que, al cabo de unos pocos días, Agamenón no pudo soportarlo más. Se llevó a Filoctetes en un pequeño bote a una isla rocosa cerca de Lemnos y allí lo dejó en la orilla. La herida de Filoctetes continuo causándole un intenso dolor, pero sobrevivió comiendo raíces y semillas de asfódelo y cazando pájaros salvajes.

Antes de dejar Tenedos, Agamenón envió a Menelao, Ulises y Palamedes a una misión relacionada con el rey Príamo, amenazándole con arrasar Troya si no devolvía a Helena y todos los tesoros robados, además de pagar una enorme suma de oro para cubrir los gastos ya causados. Príamo y la mayoría de los troyanos no tenían ninguna intención de liberar a Helena ni de pagar por las naves naufragadas. Sólo un miembro del consejo real, Antenor, que fue el mensajero de Príamo en Grecia cuando reclamó el retorno de Hesíone, y cuya mujer, Téano, actuó como sacerdotisa de Atenea en Troya, fue capaz de decir que Helena, por justicia, debería ser devuelta a su marido. El consejo hizo que se callara a gritos, pero al menos les convenció para que no asesinaran a los mensajeros de Agamenón. Lo que ocurría era que el amor mágico con el que

Afrodita había investido a Helena tenía un efecto tan fuerte en casi todos los hombres de la ciudad, incluyendo al mismo anciano rey Príamo, que gustosamente se habrían enfrentado a la tortura por una sonrisa de sus adorables labios. Cuando los griegos partieron al alba hacia Troya, los troyanos se congregaron en la playa dos días después, desde donde dispararon flechas y lanzaron lluvias de piedras para evitar que las naves atracaran en tierra. Calcante había profetizado que el primer hombre que llegara a la orilla moriría después de una corta pero gloriosa batalla e incluso Aquiles dudó en arriesgar su vida. Sólo Protesilao, el tesaliense, se atrevió a desafiar al destino. Saltó de su nave y mató a un cierto número de troyanos antes de que el hijo de Príamo, Héctor, lo atravesase con una lanza. Protesilao se había casado hacía poco, y su mujer, al soñar con su muerte, le rogó a Perséfone, diosa de la muerte, que permitiera que su marido la visitara aunque sólo fuera durante tres horas. Perséfone le concedió la petición y liberó a Protesilao bajo palabra. Después de una charla amorosa de tres horas con él, su mujer se mató y los dos, cogidos de la mano, descendieron a las penumbras subterráneas.

Aquiles esperó hasta el final. Entonces dio un salto tan prodigioso que una fuente de agua brotó desde el lugar en que sus pies pisaron suelo troyano. Cincno, hijo de Poseidón, cuyo cuerpo era invulnerable a las piedras y las armas, dirigió a los troyanos hasta este punto y mató griegos en grandes cantidades. Aquiles, igualmente invulnerable, intentó atravesarle con una lanza o cortarle la cabeza, pero lo hizo en vano. Al final, le golpeó la cara con la empuñadura de la espada, haciéndole retroceder hacia una roca; entonces se arrodilló sobre su pecho y lo ahogó con la correa de su casco. Los troyanos huyeron cuando vieron que Cincno yacía allí sin vida; y los griegos, habiendo hundido la flota mayor troyana, que estaba amarrada en la boca del río, arrastraron sus propias naves playa arriba y construyeron una empalizada de troncos de pino a su alrededor. Al día siguiente formaron en largas filas y marcharon para atacar; pero al encontrar que las entradas de la ciudad estaban tan bien protegidas y que las murallas eran tan enormes y tan bien construidas, sufrieron muchas pérdidas y se vieron forzados a retirarse. Después de tres intentos más sin éxito, Agamenón convocó un consejo real en el que se decidió dejar morir

a Troya de hambre. Este plan también resultó dificultoso. No habían traído suficientes hombres para proteger la flota y, al mismo tiempo, tenían que mantener cierta cantidad de campamentos armados alrededor de la ciudad, capaz de resistir un ataque masivo del enemigo. Cada noche los troyanos entraban comida y suministros por las entradas que daban a tierra y los griegos se quedaban impotentes allí donde habían desembarcado.

En otra reunión del consejo, Ulises habló claro:

—Calcante tenía razón —dijo—. La guerra durará años, pero estamos seguros de que, al final, saldremos victoriosos. Es como una batalla entre un león y un monstruo del mar: aunque los griegos tengan el dominio del mar, los troyanos todavía tienen el dominio de la tierra. Sugiero que nos quedemos en nuestra empalizada y que mandemos naves para atacar por sorpresa a todas las islas y ciudades aliadas del rey Príamo. Así podremos conservar nuestra comida y debilitar al enemigo. Puesto que Príamo no puede proteger a sus aliados sin una flota, éstos le abandonarán uno a uno. Y sugiero que el príncipe Aquiles lidere estas expediciones.

El consejo estuvo de acuerdo. Por lo tanto, los griegos emplearon ocho años en este cerco, que en realidad no fue un cerco, y que cada año era más y más tedioso. Deseaban ver de nuevo a sus amantes o a sus mujeres e hijos; y las deplorables cabañas que habían construido en filas detrás de la empalizada nunca podrían ser hogares adecuados. Surgían peleas por triviales y estúpidas razones que a menudo causaban muertos. Aún más, si un soldado se atrevía a decir que la paz tenía que llegar como fuera, le acusaban de cobarde y le obligaban a arriesgar la vida en la siguiente incursión.

El gran Áyax de Salamina, hijo de Telamón, atracó dos veces en Tracia y se llevó gran cantidad de tesoros. Pero la mayoría de las incursiones eran lideradas por Aquiles, que saqueó unas treinta ciudades arriba y abajo de la costa de Asia Menor, entre las que se encontraban Lesbos, Focea, Colofón, Esmirna, Clazómenas, Cime, Egíalos, Tenos, Adramitio, Colona, Antandros y la Tebas Hipoplacia, donde mató al suegro y a siete cuñados de Héctor. Los cautivos de Tebas incluyeron una hermosa muchacha llamada Criseida, hija de Crises, un sacerdote de Apolo, que estaba allí de visita. Más tarde, esta Criseida causó la agria disputa entre Agamenón y Aquiles que

casi llevó a los griegos al desastre.

Aquiles también atacó Dardania, una ciudad no muy lejos de Troya. Estaba gobernada por Eneas, un primo del rey Príamo, en nombre de su anciano padre Anquises. Puesto que, por una u otra razón, Príamo trataba a Eneas fríamente, aunque fuera su primo y el hijo de la misma Afrodita, los dárdanos se mantuvieron neutrales. Aquiles, sin respetar la neutralidad de Eneas, lo expulsó de los bosques de Ida, ahuyentó su ganado, mató sus pastores y saqueó Lirnesos, ciudad en la que se había refugiado. Eneas fue rescatado por Zeus todopoderoso, pero el comportamiento de Aquiles le enfureció tanto que se dirigió hacia los troyanos y luchó bravamente a favor de ellos, ayudado por su madre Afrodita.

Entonces comenzó una disputa entre Palamedes de Eubea y Ulises, con resultados a largo término. Palamedes inventó faros, balanzas, pesos y medidas, el alfabeto, el lanzamiento de disco y el arte de situar al centinela. Ulises estaba celoso de su genialidad. Cuando un día Agamenón envió a Ulises a un ataque contra Tracia en busca de maíz, éste volvió con las manos vacías y Palamedes se rió de él por su escaso éxito.

—No ha sido culpa mía —dijo Ulises—. Lo que ha pasado es que no había maíz en ninguna de las ciudades que he atacado. Tú no lo habrías hecho mejor.

—¿Estás seguro? —preguntó Palamedes.

Zarpó inmediatamente y, pocos días después, volvió con una nave llena de maíz.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Ulises.

—Usando el sentido común —fue la única respuesta que Palamedes le dio.

Ulises decidió que se la devolvería y, después de estar un rato meditando, se le ocurrió un plan malvado. Un día, temprano por la mañana, se dirigió hacia la cabaña de Agamenón.

—Los dioses —dijo— me han avisado en un sueño que entre nosotros hay escondido un traidor. Dicen que el campamento debe ser trasladado en veinticuatro horas.

Agamenón dio las órdenes necesarias, y aquella noche Ulises enterró en secreto un saco de oro en el lugar donde se encontraba la cabaña de Palamedes. Entonces forzó a un prisionero frigio a escribir una carta en su propia lengua, como si fuera del rey

Príamo, para Palamedes. En ella decía: «El oro que aquí os envío es el precio acordado entre nosotros para que drogues a los centinelas griegos. Mi hijo, el príncipe Héctor, estará listo para entrar al campo naval por la mañana, dentro de tres días». Ulises le dijo al prisionero que le diera a Palamedes esta carta, pero lo mató en cuanto se disponía a partir. Cuando se volvió a organizar el campo, alguien vio el cuerpo del prisionero y llevó la carta al consejo de Agamenón. Un intérprete se la leyó y Palamedes fue inmediatamente acusado de traición. Cuando negó haber aceptado ningún oro de Príamo, Ulises sugirió una búsqueda completa en su tienda. Debajo de ella se encontró el oro y Agamenón, que odiaba a Palamedes porque había sido elegido comandante en jefe del ejército en Aulis, lo sentenció a morir apedreado.

En su camino hacia el lugar de la ejecución, Palamedes gritó:

—¡En verdad, lamento tu destino! Has muerto antes que yo.

Palamedes se había ganado la gratitud de todos al inventar los dados, hechos de huesos de oveja, que ayudaban a entretener a los soldados aburridos y con añoranza de la familia. Pero Ulises les convenció de que era un traidor.

Todo este asunto llegó al padre de Palamedes, Nauplio, rey de Eubea, que fue a Troya enfurecido, quejándose de que su hijo había sido víctima de una vil trampa. Agamenón le dijo ásperamente que se fuera.

—Palamedes —dijo— ha sido juzgado con limpieza y condenado con justicia.

Nauplio juró venganza, retiró sus naves y sus hombres del campamento y, cuando volvía a casa de nuevo, lo hizo por Grecia, visitando, una a una, a todas las esposas de los enemigos de Palamedes y haciendo que cada una de ellas creyera la misma historia:

—Tu marido ha capturado a una esclava adorable y tiene la intención de divorciarse de ti y de casarse con ella.

Algunas de estas infelices reinas se suicidaron, pero el resto se vengó teniendo amantes, como Clitemnestra, la esposa de Agamenón, y la esposa de Diomedes, rey de Argos, y la esposa de Idomeneo el cretense, y, según dicen, Penélope, la esposa de Ulises. Y planearon matar a sus maridos en cuanto volvieran.

La cólera de Aquiles contra Agamenón crecía. Además de estar

convencido de la inocencia de Palamedes, odiaba la injusta manera en que el alto rey distribuía el tesoro capturado. En vez de permitir que el jefe de cada expedición se quedara con dos tercios del tesoro para él y para sus hombres, dejando el resto para el fondo común, Agamenón lo repartió todo entre los consejeros de acuerdo con su rango. Esto quería decir que si se capturaban cien libras de oro, Agamenón reclamaría diez, Idomeneo ocho, Menelao, Néstor, Diomedes y Ulises cinco cada uno, y así sucesivamente; mientras que el mismo Aquiles o el gran Áyax, al ser sólo príncipes y no reyes, únicamente podían reclamar una libra, a no ser que el consejo accediera a darle un pequeño premio de honor adicional.

Aquiles se sintió engañado porque estos reyes, excepto Ulises, nunca luchaban, pues pensaban que quedaba por debajo de su dignidad. El consejo se negó a alterar la norma.

Justo a las afueras de Troya, se alzaba el templo de Apolo, considerado por los griegos y los troyanos como suelo neutral por mutuo acuerdo. Una mañana, cuando Aquiles se encontraba allí, desarmado, para ofrecer un sacrificio, entró inesperadamente la reina Hécuba, acompañada por su hermosa hija Polixena, que llevaba un vestido de lino escarlata y un pesado collar de oro. Aquiles se enamoró inmediata y violentamente. En aquel momento no dijo nada, pero volvió al campamento atormentado, y, de inmediato envió a su auriga al templo, sabiendo que Héctor iría a sacrificar esa misma tarde. El auriga tenía que preguntar a Héctor en privado:

—¿En qué términos podría esperar el príncipe Aquiles casarse con tu hermana Políxena?

Héctor, aunque estaba enfurecido porque Aquiles había matado a su suegro y a sus siete cuñados, antepuso el bien de Troya a cualquier rencor personal. Le dio al auriga una carta sellada, dirigida a Aquiles, que decía: «He oído, príncipe, que el rey Agamenón y su consejo te han insultado en muchas ocasiones. Al no ser su súbdito, pero si un voluntario, y al ser también demasiado joven para haber sido uno de los pretendientes de Helena, quizá te sientas inclinado a actuar por interés propio, admitiéndome a mí y a mis hombres en el campamento griego durante una noche. Cuando hayamos matado al rey Agamenón y a su hermano Menelao, mi hermana Políxena será tuya para casarte».

Aquiles consideró seriamente esta oferta, pero tenía miedo de que si dejaba entrar a los troyanos al campamento, algunos de sus amigos (como sus primos, el gran Áyax y el pequeño Áyax) podían ser asesinados por error. Así que decidió esperar hasta que Troya cayera y entonces ganarse a Políxena sin tener que efectuar ningún pago a Héctor.

V

LOS GRIEGOS CONSIGUEN VENTAJA

La batalla todavía no había empezado cuando Paris, vestido con una capa de piel de pantera, se lanzó entre los dos ejércitos con una espada, dos lanzas y un arco. Gritó desafiando a cualquier griego que se atreviera a enfrentarse a él en un combate individual. Bramando encolerizado, Menelao saltó desde su carro y corrió hacia su enemigo mortal. Puesto que Menelao llevaba una armadura completa (casco, coraza pectoral, espinilleras y todo lo demás), Paris se lo pensó mejor y retrocedió de nuevo hasta las filas troyanas. Su hermano Héctor grita disgustado:

—¡Tú, cobarde, guapo, ricitos mentiroso, inútil! ¡Ojalá nunca hubieras nacido! El enemigo se está riendo de nuestra desgracia. ¡Palabra que tenemos que estar locos por no haberte apedreado ya hace tiempo!

Paris contestó:

—Hablas sensatamente, hermano, pero ¿por qué culpas a mi belleza, que me dieron los dioses cuando nací? Parece que insistes en que rete al rey Menelao, ¡muy bien, estoy listo! Es justo que sólo nosotros dos luchemos. Si me mata, no le envidio Helena ni su fortuna. Si le mato, ella se queda aquí. Entonces podremos devolver el tesoro de Apolo a su templo de Esparta y todo quedará solucionado Pero primero tengo que armarme como Menelao.

Héctor, aliviado por la respuesta de Paris, recorrió la línea troyana llevando su lanza al nivel del pecho y presionando a los soldados hacia atrás.

—¡Deteneos y sentaos! —gritó.

Aunque las flechas y las piedras de las hondas griegas caían

sobre Héctor como la lluvia, erraban el blanco; y cuando Agamenón vio lo que ocurría ordenó:

—¡Dejad solo al príncipe Héctor, camaradas! Probablemente tiene algo importante que decir.

Héctor se dio la vuelta:

—Troyanos y griegos —anunció—, mi hermano, cuya huida con la reina Helena ha causado esta terrible guerra, os pide que depongáis las armas y os sentéis. Él y el rey Menelao lucharán a muerte por esta hermosa dama y su fortuna. Mientras tanto, deberíamos pactar una tregua.

Menelao aceptó el desafío de Paris; Agamenón aceptó la tregua; y, después de algún retraso debido a la necesidad de sacrificar algunos corderos, ambos bandos depusieron las armas y los jefes se apearon de sus carros. Todos dieron la bienvenida a la posibilidad de una paz honorable.

Príamo, sus ancianos consejeros y la reina Helena, mirando desde las murallas de Troya, vieron que Héctor ponía dos piedras marcadas en su casco y lo agitaba para decidir si era Paris o Menelao el que tenía que lanzar primero. Saltó la piedra de Paris. Una vez que había tomado prestados una espléndida coraza del primero de sus hermanos, un escudo y un casco del segundo y un par de espinilleras del tercero, los campeones avanzaron para combatir blandiendo las armas.

La lanza de Paris dio de lleno en el escudo de Menelao, pero la punta no fue capaz de atravesar las gruesas tiras de piel de toro bajo la carcasa de bronce. Menelao, a cambio, ofreció una plegaria a Zeus todopoderoso, y lanzó su lanza con terrorífica fuerza. Atravesó el escudo de Paris, pero se desvió hacia un lado y sólo le rozó la coraza. Entonces Menelao corrió hacia delante, espada en mano, y golpeó el casco de Paris tan fuertemente que la hoja de la espada se rompió en cuatro pedazos. Al tambalearse Paris, Menelao lo cogió por la crin de caballo del casco y lo volteó. Medio ahogado por la correa del casco, Paris se vio arrastrado hacia las líneas griegas.

El duelo habría acabado en un glorioso triunfo para Menelao si Afrodita no hubiera bajado para rescatar a Paris. Con una mano invisible, rompió la correa del casco y dejó a Menelao llevando un casco vacío. Lo arrojó a sus camaradas, cogió la lanza de Paris y se

dio la vuelta para matarlo. ¡Pero Paris ya no estaba allí! Afrodita hizo invisible a su favorito y se lo llevó, sano y salvo, tras sus líneas.

Al no ver a Paris por ninguna parte, Agamenón gritó:

—¡Prestadme atención, troyanos! ¡Declaro ganador a mi hermano Menelao! Ahora tenéis que entregar a la reina Helena y su fortuna; y también tenéis que pagarme una enorme indemnización para cubrir los gastos de la expedición.

Sus hombres gritaron en aplausos, y aunque los troyanos murmuraban maldiciones en contra de Paris, no podían discutir la victoria de Menelao. Más tarde, Helena, que había cerrado los ojos cuando parecía que Paris estaba a punto ser asesinado, oyó de un viejo sirviente que había vuelto a su habitación. Se fue hacia allí para regañarle por su cobardía, pero él se limitó a sonreír, y dijo:

—Atenea ayudó a Menelao; Afrodita me ayudó a mí. Lo que es más, ella me salvó la vida, como ya sabía que haría. Bien, Menelao ha ganado este asalto; quizá yo gane el próximo.

Mientras tanto, en el cielo había una disputa entre Zeus todopoderoso y el resto de los dioses y diosas. Zeus quería perdonar a Troya, pero tanto Hera como Atenea protestaron de tal manera que dejó que lo hicieran a su manera. Hera incluso dijo:

—Destruye Argos, Micenas, Esparta o cualquiera de mis ciudades favoritas. ¡Pero insisto en la caída de Troya!

Atenea vio que era mejor mantener viva la guerra (ahora que los troyanos se habían comprometido honorablemente a no devolver a Helena ni su tesoro) haciendo que algún aliado troyano rompiera la tregua. Así que se disfrazó de uno de los hijos de Príamo y le dijo al rey Pándaro de Licia:

—Hazme caso, Pándaro, y dispara a Menelao cuando esté al aire libre. Si lo matas, te ganarás la gloria inmortal, y Paris también te dará una atractiva recompensa.

Pándaro siguió, imprudentemente la advertencia de Atenea. Fue a buscar el arco, hecho de un par de cuernos de orix de ocho palmos unidos por las bases; lo montó, fijó una flecha en la cuerda y disparó. Naturalmente, Atenea no tenía ninguna intención de dejar que su amigo Menelao fuera asesinado. Se puso delante de él y guió la flecha hacia donde pudiera causar el mínimo daño. La punta sólo le hirió en un costado y le hizo sangrar un poco. Pero se rompió la tregua.

Unos minutos después, los dos ejércitos se enfrentaron, con estruendo de escudos y choque de armas. Centenares de muertos cubrieron pronto la llanura, la lucha empujaba por uno y otro lado, hasta que al final los troyanos de Héctor se retiraron y los griegos comenzaron, codiciosamente, a quitarles las armas y armaduras a los cadáveres de los enemigos.

Diomedes, rey de Argos, fue el mejor guerrero del día, aunque Agamenón, Menelao, el gran Áyax y otros jefes griegos lucharon contra un gran número de enemigos. La misma Atenea ayudó a Diomedes cuando lanzaba tempestuosamente su carro al campo de batalla, atravesando montones de hombres y molestándose raras veces en desnudar sus cadáveres. Pándaro lo detuvo un momento con una flecha que agujereó su hombro; pero cuando fue extraída por su auriga, Atenea le dio fuerza renovada para matar a muchos enemigos más.

Entonces, Eneas invitó a Pándaro a subir a su carro, tirado por dos yeguas de dinastía divina, más rápidas que el viento.

—Yo conduciré, tú lucha —sugirió—. Juntos destruiremos fácilmente a este campeón argivo.

Pándaro montó.

—Pensaba —dijo— que mi flecha había dado en el blanco, pero Diomedes parece estar protegido por algún dios o diosa. Esta vez usaré mi lanza y me aseguraré de darle.

Diomedes vio que se acercaban al galope. Le dijo a su auriga:

—¡No tengas miedo! Estamos protegidos por Atenea. Tan pronto como haya matado a esos dos reyes, abandona nuestro carro, coge al príncipe Eneas y llévatelo al campamento. Sus yeguas son de una dinastía divina y valen por veinte de las mías.

Pándaro arrojó la primera lanza. Atravesó el escudo de Diomedes, abollando la coraza del pecho, pero sin ir más allá. La lanza de Diomedes, guiada por Atenea, le dio a Pándaro entre los ojos y lo mató al instante. Eneas bajó del carro para proteger el cuerpo caído. Diomedes también bajó del carro; cogió y lanzó una enorme roca que rompió el hueso del muslo de Eneas. Cuando Afrodita descendió y lo envolvió en un pliegue de su blanca túnica, Diomedes supo de inmediato de quién se trataba. Él, osadamente, atacó con su lanza y la hirió en la mano, justo debajo de la muñeca. Los dioses y las diosas nunca sangran, pero un líquido incoloro

llamado «icor» manaba de la herida producida por la lanza. Afrodita dejó caer a Eneas, gritó, voló hacia el dios de la guerra, Ares, que miraba la batalla sentado en una colina cerca de allí, y se desplomó en su carro. Iris, la mensajera de los dioses, la devolvió gentilmente al Olimpo, llorando de dolor.

Mientras tanto, Diomedes hubiera acabado con Eneas, cuyo carro ya estaba de camino hacia el campo naval, si Apolo no hubiera hecho aparecer una espada mientras gritaba con voz terrible:

—¡Ten cuidado, temerario mortal! ¡Te has atrevido a atacar a la diosa Afrodita, pero yo soy el dios Apolo!

Héctor, ayudado por Ares, que estaba de parte de los troyanos, emprendió entonces un audaz contraataque. Eneas, a quien Apolo había llevado a su templo vecino, se reanimó enseguida, corrió a ayudarle y juntos mataron compañías griegas enteras.

VI

AQUILES SE PELEA CON AGAMENÓN

Hacia el principio del fatídico noveno año, la misma Troya sufrió poco, pero muchos de sus aliados habían desertado, y otros sólo se mantenían leales a cambio de enormes primas de oro. El tesoro de Príamo casi se había agotado. Sin embargo, ninguna ciudad ni tribu de Asia Menor quería que los griegos derrotaran a los troyanos y se enriquecieran controlando el comercio por el mar Negro; así que, cuando se difundió la noticia de que se estaba planeando un ataque griego contra Troya para principios del verano, llegaron gran cantidad de refuerzos de la lejana Licia, Paflagonia y de otros lugares para ayudar al rey Príamo.

Zeus todopoderoso se encontró en una posición violenta. Príamo siempre le había hecho sacrificios espléndidos y los troyanos se comportaban honorable y bravamente, que era más de lo que se podía decir de los griegos. Zeus no podía negar haber amañado el concurso de belleza y bien sabía que la irresistible diosa del amor, Afrodita, también había intervenido en la escandalosa aventura amorosa entre Paris y Helena, que era la causa de la guerra. Por eso no se atrevía a enfrentarse a su mujer Hera y su hija Atenea, las cuales pedían venganza contra Troya. Así que él permaneció neutral, aunque procurando hacer que las cosas les resultasen a los griegos lo más desagradable posible.

Hay que recordar que Aquiles tomó como prisionera a la adorable Criseida, hija de Crises, sacerdote de Apolo. En el reparto del botín, fue adjudicada como esclava a Agamenón, a quien cada vez le gustaba más; pero un día, de repente, Crises se dirigió hacia el campamento griego, llevando una vara de oro (envuelta en una

cinta de lana para la cabeza consagrada a Apolo) y exigió el retorno de Criseida, ofreciendo un gran rescate por ella. Aunque el consejo real urgió a Agamenón a que aceptara, éste se enfureció mucho, y le dijo a Crises, ásperamente, que se fuera y que nunca volviera a mostrar su cara por allí si no quería recibir una severa paliza.

—¡Criseida es mía —gritó— y no tengo intención de entregarla!

Crises se retiró y, estando en la orilla, le rogó venganza a Apolo. Apolo bajó del Olimpo muy irritado, con un arco de plata en su mano y flechas agitándose en su aljaba. Se sentó en una colina cercana y comenzó a disparar a los griegos. Cada flecha estaba infectada con la peste y, como tenían el campamento en un estado mugriento y raramente sacaban los desperdicios, se aseaban o se cambiaban de ropa, enseguida se contagió de hombre a hombre. Antes de diez días murieron cientos de ellos y sus camaradas tenían cada vez más dificultades para quemar los cadáveres, pues el abastecimiento de leña se acababa. Esta catástrofe alarmó a Hera, que visitó a Aquiles en un sueño.

—Príncipe —le dijo—, avisa inmediatamente al consejo real, y mira qué puedes hacer para salvar la expedición.

Aquiles hizo lo que le ordenó, y cuando el consejo se reunió, les sugirió que Agamenón preguntara a algún profeta de confianza por qué Apolo les había enviado la peste. Llamaron a Calcante. Éste se alzó y dijo:

—Si os digo la verdad, señores míos, y si ésta no complace al alto rey, ¿quién me protegerá contra su enfado?

—¡Yo lo haré —contestó Aquiles—, confía en mi!

Entonces Calcante dijo con franqueza al consejo que si no se devolvía Criseida a su padre sin ningún tipo de rescate, la peste perduraría hasta que no sobreviviera ningún griego.

Agamenón llamó mentiroso a Calcante.

—Es un truco de rencoroso —estalló— para robarme a Criseida, a la que, por cierto, prefiero antes que a mi esposa Clitemnestra, y que me fue entregada por el consejo real como premio de honor. A pesar de todo, la entregaré si insistís en creeros esta increíble historia, pero con la condición de que sea recompensado por mi pérdida con una esclava de igual talento y belleza.

Aquiles también perdió los estribos, llamando a Agamenón pícaro avaro.

—Sabes bastante bien —dijo— que no hay ningún botín común del que podamos sacar nada. Todo fue repartido en cuanto llegó, la mayoría injustamente, además. ¿Y quién de nosotros será el elegido para cederte su propia bella esclava? Eso es lo que quiero saber.

—¡Cierra la boca! —gritó Agamenón—. ¿Tengo que decir que esperas conservar tu premio de honor mientras que yo, aunque sea el alto rey y el comandante en jefe de los griegos, me quede con las manos vacías? Este consejo tiene que hacer lo que digo o tendré que dejar la ley en mis manos y elegir el premio de honor que a mí me plazca, sea de quien sea la esclava que yo necesito: tanto si es del gran Áyax, Ulises o, incluso, tuya. Pero, mientras tanto, supongo que hay que devolver Criseida a su padre.

Aquiles se enfureció más que nunca.

—¡Yo no estoy bajo tus órdenes! —gritó—. Vine aquí voluntariamente. Además, mis hombres y yo hemos llevado a cabo la mayoría de los enfrentamientos y nos han dado la menor parte de los botines repartidos. ¿Amenazas con arrebatarme el premio que el consejo me ha otorgado después de mi saqueo en la Tebas de Hipoplacia? ¡Entonces, no tengo intención de humillarme más con esfuerzos desagradecidos para llenar vuestro tesoro privado! Me voy a casa.

—Pues vete —dijo Agamenón—. Obviamente eres cobarde, además de traidor. ¡Vete a casa si tienes que hacerlo, pero te juro por Zeus todopoderoso que primero iré a tu tienda y me llevaré a la esclava Briseida, usando la fuerza si es necesario! Esto te enseñará que nunca debes discutir con tus mayores y superiores.

Aquiles medio desenvainó su espada y allí mismo habría matado a Agamenón si Atenea no hubiera comprendido que esto podía provocar una guerra civil en el campamento griego y salvar a Troya de la destrucción. Ella apareció, repentinamente, al lado de Aquiles, invisible para todos menos para él, y detuvo su mano.

—¡Insulta a Agamenón todo lo que te plazca —dijo ella—, pero no uses la violencia! Juro solemnemente que, antes de que pasen muchos días, Agamenón te pedirá perdón y te ofrecerá tesoros muchísimo más valorados que tu esclava tebana.

Aquiles envainó la espada, malhumorado:

—Siempre es sabio obedecer a los dioses inmortales.

Entonces se dirigió a Agamenón, lanzándole todos los insultos de

la lengua griega y diciendo lo sorprendido que estaba de que ningún otro miembro del consejo se atreviera a apoyarle. Vendría el tiempo, dijo, en que los griegos, cuando estuvieran a punto de ser aniquilados por los troyanos de Héctor, le suplicarían que les salvara la vida; pero él se cruzaría de brazos con desprecio y se limitaría a observar, mientras que Agamenón se crisparía de desesperación y maldeciría su propia avaricia y testarudez.

El viejo Néstor intentó, sin éxito, detener la disputa. El consejo se dispersó y Agamenón, habiendo enviado a Criseida a casa por mar bajo la responsabilidad de Ulises, llamó a sus dos heraldos reales y dijo:

—Traedme a la esclava Briseida de la tienda de Aquiles.

Fueron temiendo por sus vidas, pero Aquiles, que confiaba en el juramento de Atenea, no se resistió a ellos. Sólo repitió su advertencia de lo que pasaría cuando Héctor atacara el campamento griego. Después de caminar por la orilla, sumergido en la melancolía, se detuvo y le pidió ayuda a su madre, la nereida Tetis. Ésta salió a la superficie de su cueva submarina, se sentó en la arena y le escuchó compasivamente mientras explicaba sus problemas; entonces le prometió visitar a Zeus todopoderoso y hacer que castigara a Agamenón.

Aquella misma tarde, Hera vio a Tetis en una enérgica conversación con Zeus, y a la hora de cenar le preguntó sobre qué habían estado hablando. Él se negó a contestar y Hera dijo con brusquedad:

—Supongo que te estaba pidiendo un favor para su hijo Aquiles… ¿Dejar que Héctor diera a los griegos una severa paliza?

Zeus amenazó con azotarla hasta dejarla amoratada. Hera no se atrevió a decir nada más, y su hijo Hefesto el herrero, el marido cojo de Afrodita, se apresuró a traerle una copa de vino dulce.

—Por favor no te enfades —dijo él en voz baja—. El padre Zeus es muy capaz de mandarnos el rayo y, entonces, ¿qué será de nosotros? ¡Bébete esto, querida madre!

Zeus decidió mantener la promesa que le había hecho a Tetis, y mandó un sueño falso disfrazado del viejo rey Néstor. Aquella noche, el sueño falso le dijo a Agamenón:

—Un mensaje de Zeus todopoderoso. La reina Hera le ha persuadido para que te permita capturar Troya. ¡Forma tus tropas al

alba y avanza!

Agamenón convocó el consejo de inmediato y les transmitió el mensaje. El viejo Néstor, orgulloso de haber formado parte de un sueño divino, pensó que debía de ser real y les aconsejó obediencia instantánea. Pero Agamenón convocó una asamblea general de todas sus tropas, y, muy estúpidamente, decidió probar su coraje recordándoles los pocos que eran comparado con los troyanos, lo larga que estaba siendo la guerra y la poca esperanza de victoria que tenían.

—¿Por qué luchar en contra del destino? —les preguntó—. Quizá, después de todo, ¿no deberíamos volver a casa, antes de que nos caiga encima lo peor?

En lugar de que todo el mundo protestara en voz alta, como él esperaba, y gritara «¡No, no, hemos jurado tomar Troya!», se oyeron gritos de «¡Bien dicho, bien dicho, su majestad, partamos inmediatamente!». Hera oyó los gritos de júbilo, los sonidos de los pasos y el ruido de las embarcaciones cargándose. Se apresuró en enviar a Atenea para corregir el error del alto rey. Atenea vio a Ulises triste, de pie junto a su nave y le dijo que usara el cetro de Agamenón para reconducir a los hombres a la obediencia. Así lo hizo, y les prohibió que zarparan amenazándoles con que cualquiera que tomara en serio la broma de Agamenon e intentara partir, seria ejecutado como un desertor. Entonces convocó otra asamblea general, en la que recordó la profecía de Calcante sobre la serpiente y los gorriones, a la vez que mencionó el sueño divino de Agamenón.

—Comamos un buen desayuno, camaradas —dijo—, y después atacaremos Troya, que está destinada a caer. ¡Zeus todopoderoso nos lo ha prometido!

Un soldado raso llamado Tersites, el hombre más feo de todo el ejército (patizambo, jorobado y casi calvo), empezó a quejarse de los jefes griegos:

—¿Por qué tenemos que quedarnos aquí y sufrir por un grupo de reyes avaros y cobardes? Fijaos en la manera mezquina con que Agamenón ha tratado a Aquiles: ¡todo lo que quiere es el botín y la gloria a costa de los demás! ¿Por qué no nos vamos a casa, como él nos ha sugerido, y le dejamos que haga solo esta guerra?

Ulises se dirigió hacia Tersites y gritó:

—¡Silencio, charlatán miserable! No permitiré que insultes a nuestro gran comandante en jefe.

Entonces golpeó a Tersites con el pesado cetro dorado hasta que empezaron a caerle lágrimas por las mejillas.

Tersites tenía la lengua tan sucia y tantos enemigos que todos los presentes vitorearon a Ulises estrepitosamente y, después de una buena comida de ternera asada y de copiosos tragos de rico vino de Lemnos, todo el ejército, excepto los mirmidones de Aquiles, formaron para la batalla. Los troyanos, que vigilaban desde las altas murallas, se pusieron rápidamente las armaduras, colocaron los arneses en los carros, abrieron las puertas de la ciudad y salieron para enfrentarse al ataque. A ambos lados de la llanura se levantaron grandes nubes de polvo que oscurecían el sol.

VII

LOS TROYANOS CONSIGUEN VENTAJA

Con el permiso de Zeus todopoderoso Atenea montó en el carro divino y fue en busca de Diomedes. Le encontró con la cara pálida y tranquila, todavía perdiendo sangre de la herida de la flecha.

—¡Sube y lucha contra Ares! —le mandó, dándole una fuerza renovada.

Diomedes obedeció y salieron juntos al galope. Atenea se hizo invisible y cuando Ares iba a herir de muerte a Diomedes, ella desvió la lanza mientras Diomedes le atacaba al estómago. Cuando le penetró la hoja de la espada, Ares bramó más fuerte que nueve o diez mil hombres, entonces voló hacia el Olimpo, donde le enseñó a Zeus el icor que brotaba a chorro de su herida.

—¿Cómo se atreven los mortales a tratar sin piedad a los dioses? —se quejó.

Zeus le llamó testarudo, loco y violento, y que era incluso peor que su madre Hera; pero dejó que Apolo le curara. Por justicia, también detuvo la batalla de Atenea.

Diomedes se encontró cara a cara con un licio llamado Glauco y, después de desafiarle, descubrió que su propio abuelo Eneo el argonauta, que plantó el primer viñedo de Grecia, era muy amigo del abuelo de Glauco, Belerofonte, que mató a la monstruosa Quimera. A causa de este lazo familiar, decidieron no enfrentarse y Diomedes dijo:

—¡Intercambiemos nuestras armas en reconocimiento abierto de nuestra amistad!

Glauco, al darse cuenta de que no tenía ninguna posibilidad ante un campeón tan poderoso, estuvo de acuerdo con el cambio aunque

llevaba una armadura dorada y Diomedes simplemente una de bronce.

Héctor hizo una visita rápida a Troya. Montones de mujeres se arremolinaron a su alrededor, pidiéndole noticias de sus hijos o maridos, pero las apartó y fue en busca de su madre, la reina Hécuba.

—Si no haces que estas mujeres ofrezcan ruegos y sacrificios públicos —dijo él—, estamos perdidos. Sobre todo deben honorar a Atenea. Hoy ha sido más dura de lo habitual con nosotros.

Entonces visitó la casa de Paris y le encontró puliendo su coraza con un pedazo de piel suave.

—¡Tú, cobarde bribón! —gritó—. ¿Cómo te atreves a alejarte de una batalla en la que tantos troyanos valientes están muriendo por ti?

Paris respondió:

—Hablas con sentido, hermano; pero la verdad es que, al sentirme un poco triste después de haber luchado contra Menelao, volví a casa para llorar a gusto en esta silla. La querida Helena me acaba de sugerir que debería salir de nuevo y estoy preparando mi armadura. Nunca se sabe quién ganará la próxima, ¿verdad?

Helena le pidió a Héctor que la perdonara:

—Todos los desastres que he traído a Troya en realidad no han sido por mi culpa —sollozó—. Todo lo han hecho los dioses. Yo no podía desobedecer a Afrodita. Por favor, siéntate y descansa un rato. ¡Pareces tan cansado!

Héctor no quiso esperar. Salió corriendo y se encontró con su esposa Andrómaca llevando a Escamandro, su hijo de tres años. Andrómaca intentó retenerle:

—Quédate aquí, a salvo —le suplicó—. ¡No me hagas viuda, no hagas huérfano a nuestro querido hijo!

Él respondió:

—El honor me prohíbe evitar la lucha, incluso sabiendo que mi familia y amigos están condenados. Confieso que lo peor de todo es pensar que algún cruel príncipe griego te conducirá a la esclavitud llorando, y te forzará a trabajar como sirvienta y a ser mirada con menosprecio cuando la gente diga:

—¡Mirad, ésa es Andrómaca, la que una vez fue esposa de Héctor el troyano!

Escamandro empezó a llorar, asustado por las lágrimas de Andrómaca y por el alto penacho de su padre; así que Héctor se quitó el casco y cogió al niño en sus brazos, pidiéndole a Andrómaca que se dominara y que no hiciera las cosas todavía más difíciles.

—La guerra es una labor de hombres. ¡Déjame! Si tengo que morir, moriré.

Se separaron. Entonces Paris salió corriendo, completamente armado, se disculpó por haber llegado tarde y los hermanos se marcharon a la guerra juntos.

Héctor desafió en voz alta a cualquier príncipe griego que quisiera enfrentarse a duelo con él. Nadie se atrevía a aceptar, hasta que el rey Menelao dio un paso hacia delante. Rezongaba en voz baja, muy consciente de la poca esperanza que tenía de derrotar a Héctor; así que los otros consejeros le retuvieron y nueve de ellos incluso se ofrecieron a ocupar su lugar. Entre ellos estaban Agamenón, Diomedes, el gran Áyax, el pequeño Áyax, Idomeneo de Creta y Ulises. Marcaron nueve piedras y las pusieron en un casco que agitó el viejo Néstor. La piedra del gran Áyax saltó, con gran alegría por su parte, y tuvo lugar una pelea extraordinaria entre él y Héctor. Áyax llevaba un enorme escudo largo, hecho de nueve capas de piel de toro enfundadas en bronce; Héctor prefirió un pequeño broquel redondo. Cuando cada uno lanzó un dardo y falló, empezaron a arrojar enormes piedras. A pesar de que Áyax tumbó a Héctor con una tan grande como una piedra de molino, éste se levantó de nuevo y desenvainó la espada. Áyax también la desenvainó. Pero antes de que pudieran atacarse, los heraldos salieron corriendo tanto del lado griego como del troyano y usaron sus varas sagradas para separar a los dos campeones.

—¡Dejad de luchar! —gritaron—. Respetad a la diosa de la noche que está a punto de bajar el telón sobre vuestra batalla.

Ambos estuvieron cortésmente de acuerdo, y Héctor propuso que después de un duelo tan noble deberían intercambiarse regalos de amistosa admiración.

—Nada me complacería más —respondió Áyax.

Le dio a Héctor un cinturón púrpura bordado y a cambio recibió una espada con incrustaciones de plata (más tarde, Héctor fue arrastrado a la muerte con este cinturón; y más tarde, Áyax se mató

con esta espada). Acto seguido, los ejércitos se fueron a cenar.

Antenor habló en la reunión del consejo del rey Príamo. Destacó que Paris, al haber violado las leyes de hospitalidad cuando raptó a Helena, había incluso empeorado más las cosas al huir de Menelao en el duelo.

—Le juramos a Zeus que el vencedor se quedaría con Helena; por lo tanto, ella debe ser enviada a casa con todo su tesoro.

Paris se alzó:

—Me niego a devolver a Helena —gritó—, porque yo no la rapté. Ella vino aquí por propia voluntad. Sin embargo, como el botín que capturé en Sidón me ha enriquecido, estoy dispuesto a compensar completamente a Menelao.

Príamo le agradeció a Paris esta declaración tan noble. Mientras tanto, sugirió una tregua de cuatro horas, durante las cuales ambos bandos deberían enterrar a sus muertos. Los griegos, aunque rechazaron la oferta de Paris, dieron la bienvenida a la tregua y, trabajando como hormigas durante todo el día siguiente. Levantaron un montón de tierra sobre sus muertos. Lo hicieron como una muralla a lo largo del campamento y lo fortificaron con un muro de piedra y torres. El movimiento de tanta tierra formó una profunda zanja o foso delante.

Su único error fue no ofrecer el gran sacrificio que Zeus todopoderoso esperaba en tales ocasiones; y cuando el alba terminó con la tregua, les mostró su enfado premiando a los troyanos con una señal favorable, un trueno por su lado derecho desde el monte Ida, que, a la vez, asustó a los griegos. Ulises abandonó al rey Néstor, que, aunque era demasiado viejo para luchar, había estado ocupado cabalgando en su carro por el campo de batalla, animando a sus tropas. Diomedes lo salvó de ser capturado; pero cuando un rayo lanzado por Zeus chocó contra el suelo, cerca de las pezuñas de su caballo, incluso él se retiró.

Los troyanos de Héctor avanzaron hacia delante, esquivando a los atemorizados griegos a su paso, y pronto empujaron a los supervivientes detrás de sus murallas. Unos cuantos minutos más y habrían quemado la flota; sin embargo, Agamenón elevó una plegaria piadosa a Zeus, que cedió e inspiró a Diomedes para que encabezase la salida de los carros.

El guerrero más victorioso de aquella mañana fue el medio

hermano del gran Áyax, Teucro el arquero, el hijo de Hesíone. Usando como protección el gran escudo de Áyax, se asomaba por el borde, apuntaba rápidamente a un troyano, disparaba y se escondía de nuevo. Mató a nueve hombres antes de que Héctor le rompiera la clavícula con una piedra bien lanzada. Una vez más, los griegos se dieron la vuelta y huyeron perseguidos por el triunfante Héctor, que se encarnizó con ellos hasta el anochecer.

En el cielo, Hera bramaba como una fiera:

—Ten un poco de paciencia —dijo Atenea—. Espera un poco más a que mi padre cumpla la promesa que le hizo a Tetis. Ha jurado hacer que Agamenon pida perdón a Aquiles y que le ofrezca enormes tesoros si deja de estar de mal humor en su tienda y lucha de nuevo.

Sin embargo, Hera forzó a Atenea a subir a su carro dorado.

—Juntas, muchacha, cambiaremos la inclinación de la batalla —le anunció en tono grave.

Zeus, que miraba desde el monte Ida, les envió un mensaje a través de Iris: «¡Si no salís de ese carro inmediatamente, le lanzaré un rayo!».

Obedecieron y Zeus le dijo a Hera en aquel instante:

—¡Muy bien, esposa, sólo para castigarte por tu intromisión, dejaré que los troyanos consigan mañana una victoria incluso mayor!

Aquella noche los troyanos acamparon cerca de la muralla del enemigo, confiados en su victoria. Los griegos estaban tan desanimados por sus pérdidas que, cuando en una reunión del consejo Agamenon quiso levantar el sitio y volver a casa, sólo Diomedes se atrevió a decir:

—Sería el acto de un cobarde. ¡Voy a quedarme y luchar hasta el final, incluso si todos vosotros me abandonáis!

El viejo Néstor apoyó a Diomedes añadiendo:

—Señores míos, nuestra única esperanza de sobrevivir recae ahora en calmar a Aquiles y persuadirle para que vuelva al campo de batalla.

Y Agamenón, ya que Néstor no había dicho nada irrespetuoso, admitió enseguida su estupidez anterior, a la vez que prometió que se disculparía y daría a Aquiles una enorme recompensa por el insulto (tres ollas de bronce de tres pies, diez lingotes de oro de

unas ochenta libras cada pieza, veinte calderos de cobre pulidos, seis pares de caballos de carro ganadores de premios, siete hermosas chicas cautivas que bordaban maravillosamente y la devolución de Briseida).

—También, una vez esté en casa, en Grecia —dijo—, premiaré a Aquiles con el mismo rango y honores que a mi propio hijo Orestes y le ofreceré una de mis tres hijas como esposa, la que él prefiera, y siete ciudades para gobernar.

Néstor se lo agradeció a Agamenón en nombre del consejo. Propuso que el gran Áyax y Ulises llevaran la oferta a Aquiles, acompañados por su viejo tutor Fénix. Cuando llegaron, Aquiles se negó a aceptar cualquier regalo de Agamenón.

—Ese bribón se comportó —dijo— con una avaricia imperdonable. Nunca podré olvidar cómo me arrebató a Briseida, con la que me iba a casar.

A pesar de que trataba a sus tres visitantes con cortesía, les dijo francamente:

—Mañana partiré hacia Grecia, y dejo Agamenón a su suerte.

Fénix le llamó testarudo y corazón de piedra. Sin embargo, como no se podía hacer nada más, se secó las lágrimas y también decidió irse.

VIII

EL CAMPAMENTO, EN PELIGRO

Aquella noche, Agamenón no podía dormir. Se levantó, se armó y salió en busca de su hermano Menelao.

—Lo que necesitamos —le dijo a Menelao—, es un esquema realmente inteligente para salvar al ejército y la flota. ¡Despierta al gran Áyax y al rey Idomeneo de Creta! Algo se les ocurrirá.

Todos se enfadaron cuando les hicieron levantarse de la cama, en la negra oscuridad y después de un duro día de lucha. Agamenón insistió tanto pidiendo una acción inmediata que el consejo decidió enviar espías a tierra de nadie, entre el campamento y las líneas troyanas, con la vaga esperanza de que pudieran traerles noticias sobre los planes de Héctor.

Diomedes se ofreció como voluntario y, cuando se le pidió que eligiera un acompañante, eligió a Ulises. Ulises aceptó ir con él, recordando que Diomedes le había visto abandonar deshonrosamente a Néstor en el campo de batalla unas pocas horas antes. Quería limpiar su buen nombre.

Cruzaron el foso juntos y pronto tropezaron en la oscuridad con un espía troyano llamado Dolón. Después de haberle sonsacado toda la información útil que pudieron, lo degollaron sin compasión. Ulises escondió la gorra de piel de hurón de Dolón, la capa de piel de lobo, el arco y la lanza en un arbusto de tamarisco; entonces corrió con Diomedes hacia el flanco derecho troyano, donde, como les dijo Dolón, encontrarían al rey Reso de Tracia acampado. No había ningún centinela de guardia, así que treparon furtivamente, asesinaron a Reso y a diez oficiales que dormían a su lado, y después se llevaron sus magníficos caballos: blancos como la nieve

y más veloces que el viento Al volver a casa, recuperaron también el botín de Dolón. Reso había llegado a Troya aquella misma tarde, y la captura de sus caballos fue una notable señal de suerte para Diomedes y Ulises a causa de una profecía que dice que los griegos nunca podrían capturar Troya una vez que estos caballos hubieran bebido agua del Escamandro, cosa que todavía quedaba por cumplir.

Al día siguiente, Zeus todopoderoso siguió favoreciendo a Troya, aunque el rey Agamenón disfrutó de un poco de gloria. Dirigió una carga de carros, esquivo a algunos nobles troyanos y llegó a estar cerca de las murallas de la ciudad cuando Zeus decidió cambiar la suerte de la batalla.

Envió a Héctor la orden de reunir y alentar a sus fuerzas, pero que no intentara hacer nada durante la próxima media hora; en cuanto Agamenón abandonó el campo, los troyanos podrían haber matado a los griegos, carentes de mando, sin pausa durante toda la tarde. Después, Agamenón mató a los dos hijos de Antenor; pero uno de ellos, antes de morir, le atravesó el brazo con la lanza, justo debajo del codo. Agamenón siguió luchando, hasta que su herida fue tan dolorosa que volvió a su carro y se marchó, llorando desconsoladamente. Entonces, Héctor dirigió un fuerte ataque y, aunque se quedó sorprendido por un instante cuando Diomedes le arrojó una lanza que le alcanzó el penacho del casco, comenzó a rechazar a los griegos. Entonces Paris, escondido tras un pilar de piedra que marcaba la tumba de su abuelo, apuntó hacia el pie de Diomedes y se lo clavó en el suelo con una flecha. Diomedes llamó a Paris bocazas, tacaño, alborotador y celoso, ricitos y orgulloso de su arco de juguete.

—Si nos encontramos lanza contra lanza, ¿qué posibilidades de victoria tendrías? —gritó.

Sin embargo, después de haberse extraído la flecha, se sintió tan mal que también tuvo que dejar el campo de batalla y Ulises tuvo que luchar por su vida contra las espadas troyanas. Héctor condujo el carro a lo largo de la orilla del río Escamandro, donde los tesalienses le ofrecían una fuerte resistencia, hasta que Paris clavó una flecha en el hombro del rey Macaón, que además de ser el mejor cirujano de Grecia, era uno de los más valientes guerreros de carro. Néstor rescató a Macaón y lo condujo sano y salvo al

campamento; después, sólo la firmeza del gran Áyax salvó al ejército griego de una derrota completa.

Aquiles, que miraba la lejana batalla de pie en la popa de su nave anclada, vio que Néstor volvía al galope. Su amigo Patroclo, al que envió a preguntar el nombre del rey herido, encontró a Néstor ya en su tienda. Una esclava le servía a Macaón una fría bebida de cebada hervida en jugo de cebolla y endulzada con miel. Invitaron a Patroclo, que aceptó. Después de lamentarse de las pérdidas griegas, Néstor remarcó:

—Parece que Aquiles no luchará debido a algún tipo de mensaje divino, pero, seguramente, no desearía vernos aniquilados. Quizá, si se lo preguntas con tacto, te dejaría dirigir sus famosos mirmidones contra Héctor. Son buenas tropas, frescas y bien entrenadas, y su presencia en el campo podría cambiar el rumbo de la batalla a nuestro favor.

Las fuerzas de Héctor ya estaban listas para asaltar la muralla griega y quemar la flota. Invadieron el foso, treparon por el parapeto y rápidamente se hicieron con gran parte del muro, a pesar de la empecinada defensa del gran Áyax, que siempre luchaba sin armadura y cuyas jabalinas raramente fallaban su objetivo.

Zeus todopoderoso concedió a Héctor el honor supremo de entrar el primero en el campamento griego. Éste cogió una enorme piedra y corrió hacia la entrada principal. Las puertas altas y macizas estaban reforzadas con tablones cruzados y trabados. Plantándose a una cierta distancia y avanzando un paso, apuntó al centro de las puertas y disparó. Se abrieron por completo y Héctor entró, con la luz de la victoria en sus ojos, seguido por una columna de troyanos triunfantes. Los griegos volaban, presas del pánico, hacia sus naves.

Poseidón, irritado por el éxito de Héctor, descendió rápidamente del Olimpo hacia su palacio submarino, a las afueras de la isla de Eubea, donde preparó un carro tirado por bestias marinas. Se puso una coraza dorada, empuñó un elegante látigo de oro y se dirigió hacia Troya a través de las olas. Allí, dejó su carro en la cuadra de una cueva marina, entre las islas de Imbros y Tenedos, y se adentró en el campo andando, disfrazado de Calcante. Poseidón no se atrevió a formar parte de la guerra abiertamente por miedo a molestar a su hermano, Zeus todopoderoso; no obstante, animó a

los griegos, y con dos golpes de su palo proporcionó al gran Áyax, al pequeño Áyax y a Teucro tal furia bélica que sus manos y pies parecían no pesar nada. Sin embargo, Héctor y Paris mantenían el ataque troyano y la batalla continuaba.

Entonces Hera tomó prestado de Afrodita el mundialmente famoso cinturón que, cuando se lo ponía, forzaba a enamorarse de ella a todo aquel que se le antojara.

—Lo necesito —mintió Hera dulcemente— para una vieja tía mía, una nereida cuyo marido se cansó de ella hace siglos. Me gustaría renovar su amor. Viven una vida de lo más desgraciada en el fondo del mar, siempre regañándose mutuamente por cualquier vieja disputa.

En realidad, Hera quería usar ella misma el cinturón. Cuando se lo abrochó, su marido, Zeus todopoderoso, que últimamente la consideraba como la más fea y estúpida de todas las diosas, sintió un amor tan pasional por ella que perdió todo interés por la guerra. Hera lo acarició afectuosamente y se echó a su lado en un valle del monte Ida, donde, de inmediato, comenzaron a brotar de la tierra y alrededor de ellos hierba, tréboles, azafranes y jacintos.

Después, persuadió al dios del sueño para que le cerrara los ojos, y cuando empezó a roncar, le envió un mensaje a Poseidón: «¡Haz lo que te plazca, no hay nada en la costa!». Entonces Poseidón dirigió con audacia el ataque griego. Diomedes y Ulises le seguían justo detrás. Héctor y el gran Áyax volvieron a encontrarse cara a cara. Áyax lanzó una piedra que voló por encima del escudo de Héctor, tocándole por debajo del cuello. Comenzó a girar como una peonza y le sacaron del campo quejándose y vomitando sangre. Los troyanos huyeron.

Cuando Zeus se despertó y vio a Poseidón persiguiendo a una pandilla de fugitivos troyanos, amenazó con castigar a Hera como se merecía. Sin embargo, Hera, que todavía llevaba el cinturón de Afrodita, pudo permitirse el reírse de sus amenazas y negar que había animado a Poseidón a aparecer en el campo de batalla. Así pues, Zeus simplemente le avisó a través de Iris: «¡Detén la lucha de inmediato, hermano, o sufre las consecuencias!».

La respuesta de Poseidón fue tan dura que ella, con tacto, esperó en silencio hasta que él se lo pensara mejor y, después de un rato, en efecto, obedeció las órdenes de mala gana. Después, Zeus le dejó

a Apolo su escudo mágico, que puso de cara a los griegos, los cuales se detuvieron del susto. Entonces voló hacia el lado de Héctor y le curó al instante.

Los griegos perdieron coraje y, unos pocos minutos después, los troyanos, guiados por Héctor y Eneas, los mataban a centenares. Rápidamente forzaron su vuelta al campamento, y esta vez llegaron a las naves que, como conviene recordar, estaban varadas en filas, separadas por líneas de tiendas. Todos los griegos, excepto el gran Áyax, abandonaron la primera fila. Áyax se quedó a bordo de la nave que había pertenecido a Protesilao, sujetando una pica de sesenta palmos, de ésas que en las batallas navales tienen que blandir al menos cinco marineros, y ensartando docenas de troyanos que llevaban antorchas con la intención de quemarle.

IX

AQUILES VENGA A PATROCLO

Patroclo le pidió a Aquiles que le prestase la armadura y el mando de sus guerreros mirmidones.

—Con su ayuda —alegó—, podré alejar a los troyanos antes de que quemen la flota y aniquilen a nuestros amigos supervivientes.

Aquiles lo consintió, pero le hizo prometer a Patroclo que una vez que el campamento estuviera limpio de enemigos, no intentaría ganarse más gloria persiguiéndoles y atacando la misma Troya.

El gran Áyax ya no podía defender su nave, porque Héctor había recortado la punta de la pica y la había dejado sólo en el palo. Bajó de un salto y se unió a sus camaradas, que aguantaban la línea de tiendas más cercana. Esto permitió a los troyanos quemar las naves. Cuando Aquiles vio una fina columna de humo que subía hacia el cielo, prestó a Patroclo sus magníficas armas y la armadura, hizo formar a los mirmidones y les envió hacia allí para salvar la flota. Su carga fue irresistible. Al confundir a Patroclo con Aquiles, los troyanos volvieron a ser expulsados y sufrieron una gran pérdida.

Zeus todopoderoso, mirando desde el monte Ida, en un principio no podía decidir si Patroclo tenía que ser inmediatamente destruido por Héctor y despojado de la armadura de Aquiles o si tenía que ser premiado con nuevas victorias. Al final, Zeus le dejó seguir durante otra media hora. Patroclo olvidó la promesa que le había hecho a Aquiles mientras estaba persiguiendo troyanos fugitivos por la llanura. Una compañía de mirmidones estaba lista para trepar por las murallas de Troya, la parte débil construida por Éaco, cuando Apolo apareció en la ciudadela y les puso delante su terrible escudo. Ellos se retiraron espantados.

Entonces Héctor desafió a Patroclo a un duelo. Casi no habían bajado de los carros cuando Apolo se situó, silenciosamente, detrás de Patroclo y le golpeó en el cuello con el borde de su mano. El casco de Aquiles se cayó, la dura lanza de Aquiles se hizo pedazos, el escudo de Aquiles cayó al suelo y Patroclo se quedó allí, desarmado, aturdido y temblando. Con la lanza en alto, Héctor le alcanzó la parte baja del vientre y los troyanos se abalanzaron sobre él al ver que caía.

A continuación hubo una tremenda pelea por el cadáver. Tanto los griegos como los troyanos lo trataban como una piel de toro recién desollada, como las que los granjeros estiran por todos lados para extenderlas y hacerlas flexibles. Finalmente, Menelao y el lugarteniente de Idomeneo, Meriones el cretense, consiguieron llevar el cuerpo de vuelta al campamento, mientras que el gran y el pequeño Áyax se quedaron en la retaguardia.

Uno de los hijos de Néstor, cegado por las lágrimas, llevó las malas noticias a Aquiles. Los dos caballos de Aquiles, Chanto y Balio, que habían sido montados por Patroclo, también lloraron (enormes lágrimas bajaban hacia sus hocicos). Pero él ya lo sabía. Hera le había enviado un mensaje a través de Iris ordenándole que se quedara en el parapeto cuando aparecieran los troyanos y que les desafiara. Esto les haría retroceder con miedo porque, habiendo visto a Héctor quitándole la famosa armadura a Patroclo, pensaron que estaba muerto. Aquiles gritó tan fuerte y los griegos se detuvieron en tal confusión que cuarenta de ellos resultaron heridos por las lanzas de los hombres que les seguían por detrás o por los carros que les pasaron por encima.

Aquiles lloró, puso sus enormes manos sobre el ensangrentado pecho de Patroclo, gimiendo horriblemente, como una leona a la que hubieran matado los cachorros, y estuvo lamentándose toda la noche.

Entonces Tetis persuadió a Hefesto, el herrero cojo, para que forjara un nuevo equipo de armas sagradas y armadura para su hijo. Hefesto empezó su trabajo enseguida, ornamentando el escudo con escenas del campo y de la ciudad en plata, oro y piedras preciosas. Al alba, Tetis llevó su espléndido regalo a la tienda de Aquiles. Éste se lo puso encantado y, al instante, ya estaba pronunciando un discurso en una asamblea general.

—Rey Agamenón —dijo—, ninguno de nosotros se ha beneficiado lo más mínimo de nuestra reciente y desafortunada disputa sobre mi esclava. Los resultados han sido tan malos tanto para ti como para mí que casi deseo que nunca la hubiera capturado viva. ¡Venga, que el pasado sea pasado! Y ya que tu brazo herido todavía te mantiene fuera de la batalla, ¿por qué no me nombras, temporalmente, comandante en jefe?

Agamenón estuvo de acuerdo. Incluso admitió su injusto comportamiento hacia Aquiles, aunque culpando por ello a la fatalidad y a la oscura furia, llamada Malicia, que, juntas, le arrebataron el sentido común.

Cuando Aquiles pidió permiso para avanzar inmediatamente, Agamenón contestó:

—Me temo que no puedo concederte este favor. Los hombres todavía no han desayunado. Pero mientras se prepara la comida, enviaré sirvientes a mi tienda almacén para que me traigan todos los tesoros que te ofrecí hace poco.

—¡No quiero tesoros —gritó Aquiles—, y sólo de pensar en el desayuno me entran náuseas, con tantos muertos cubriendo el campo!

Sin embargo, los sirvientes de Agamenón le trajeron los lingotes de oro, los trípodes, los calderos, las esclavas (incluida Briseida) y los caballos de carrera. Briseida abrazó el cadáver de Patroclo, lamentándose en voz alta y alabando su naturaleza caballeresca y generosa.

—Él siempre me prometía —sollozó— que el príncipe Aquiles y yo nos casaríamos en Grecia cuando Troya cayera.

Parecía que Aquiles había mantenido su amor por Políxena en secreto, incluso para Patroclo.

Aquiles todavía se negaba a comer, pero Atenea le dio alimento divino untándole la piel con néctar y ambrosía, lo que le proporcionó una fuerza enorme. Entonces, ambos ejércitos se dirigieron hacia la llanura, donde Zeus todopoderoso le dio variedad a la batalla del día permitiendo que todos los dioses y las diosas tomaran parte y lucharan entre ellos si querían. Había cinco por cada bando. Para los griegos: Hera, Atenea, Poseidón, Hermes el heraldo y Hefesto el herrero. Para los troyanos: Ares, el dios de la guerra, Apolo, su hermana Artemis la cazadora, su madre la diosa

Leto y el dios del río Escamandro.

Cuando las primeras líneas de batalla se encontraron, Apolo evitó que Aquiles se topase con Héctor. Fue hacia Eneas disfrazado y le recordó su fanfarronada de borracho en un reciente banquete:

—¡Estoy dispuesto a desafiar al más valiente de los griegos, incluso al príncipe Aquiles!

Eneas respondió:

—Eso es muy cierto. La última vez que nos encontramos yo iba desarmado y era neutral; tuve que correr para salvar mi vida. Además, Atenea le ayudaba, y ningún hombre sabio se opone a los dioses.

Apolo le infundió coraje.

—Tú también estás bajo protección divina, Eneas —le dijo—, y mejor nacido que Aquiles. Su madre, Tetis, es una diosa sin importancia; tu madre es Afrodita, un miembro respetado del consejo del Olimpo de Zeus.

Así que Eneas desafió a Aquiles, que se limitó a burlarse de él preguntándole:

—¿Has salido para ganarte el favor del rey Príamo y que te nombre su sucesor? ¿Por qué te engañas?

Como Eneas no respondía, Aquiles prosiguió:

—Príamo todavía tiene muchos hijos propios. Nunca antepondría un primo ante un hijo. Quédate con mi advertencia: ¡retírate sano y salvo!

—¿Y tú, supongo, te imaginas sucesor de Agamenon? —gritó Eneas muy furioso.

Aquiles encontró palabras igualmente desagradables como réplica, pero, al final, Eneas, dominando su temperamento como pudo, dijo:

—¿Por qué nos quedamos discutiendo como niños? Las palabras son baratas y también los insultos. Si nos sobrara tiempo, podríamos intercambiar las suficientes como para llenar una galera de doscientos remos. Vine aquí a luchar, no a chismorrear. ¡Protégete la cabeza!

La lanza, arrojada con toda su fuerza, no abolló el maravilloso escudo que Hefesto había forjado; mientras que la lanza de Aquiles pasó, netamente, por encima del de Eneas, clavándose en el suelo detrás de él. Eneas cogió una enorme roca que, si la hubiera

lanzado, simplemente habría rebotado en la armadura divina. Poseidón ya sabía que Zeus todopoderoso se irritaría si Eneas, cuya vida había decidido ahorrarse por razones muy propias, moría, así que envolvió los ojos de Aquiles en una niebla mágica y aspiró a Eneas hacia arriba sobre el campo de batalla y lo depositó más allá de las líneas troyanas, donde su llegada sorprendió enormemente a algunas tropas aliadas que se habían retrasado en armarse. Aquiles, no menos sorprendido por su desaparición, se encogió de hombros y fue en busca de Héctor. Vio a Polidoro, de doce años, el hijo preferido y más joven del rey Príamo. El chico, a pesar de las estrictas órdenes de evitar el peligro, estaba esquivando la primera fila de guerreros. Aquiles atravesó su cuerpo con una jabalina. Aunque Héctor había sido advertido por Apolo de que evitara la ira de Aquiles, la muerte de su hermano pequeño le enfureció tanto que se puso a correr agitando vengativamente una lanza larga.

—¡Al final nos encontramos! —gritó Aquiles.

Héctor arrojó la lanza, pero una ráfaga de viento enviada por Atenea, hizo que diera la vuelta y le cayera a los pies. Cuando Aquiles corrió hacia delante pidiendo venganza a gritos, Apolo envolvió a Héctor en otra niebla espesa. Aquiles cargó tres veces en vano sobre su enemigo invisible, entonces volvió su cólera contra troyanos menos altos, rugiendo como un fuego de bosque, mientras ellos rompían filas y corrían hacia el Escamandro. Allí, en los bajíos y los huecos bajo las orillas del río, aniquiló a cientos de ellos. El furioso dios del río Escamandro apareció en forma humana, gritando «¡Vete!». Aquiles saltó, furiosamente, hasta el medio del río y le desafió. Escamandro acumuló un buen caudal de agua y se la echó de golpe a Aquiles, que se aferró a un olmo. El árbol fue arrancado pronto, pero él se arrastró hasta la orilla perseguido por Escamandro en forma de enorme ola verde. Aquiles se habría ahogado como una rata si Poseidón y Atenea no le hubieran arrastrado hacia fuera, cogiéndole cada uno de una mano.

Escamandro y su compañero, el dios río Simunte, persiguieron juntos a Aquiles cuando éste se apresuraba a salir, pero Hera ordenó a su hijo Hefesto que se enfrentara a ellos. Encendió una violenta hoguera en la llanura que quemó los olmos, sauces, tamariscos, arbustos y juncias de la orilla del río. El agua de Escamandro pronto hirvió tan caliente que acudió a Hera presa del dolor y el terror.

—¡Por favor, calma a tu hijo! —suplicó Escamandro—. Prometo que nunca volveré a ayudar a Troya.

Hera hizo lo que le pidió, y Aquiles continuó su matanza de troyanos.

Algunos de los otros dioses y diosas ya habían llegado para participar. Ares atacó a Atenea, pero su lanza resultó inútil contra el escudo que Zeus todopoderoso le había prestado y, lanzando un enorme mojón negro contra su cabeza, ella lo tumbó cuán largo era. El cuerpo caído de Ares cubrió siete acres de tierra. Afrodita le estaba ayudando a levantarse, cuando Atenea, bajo las órdenes de Hera, la hizo caer de un contundente golpe en el pecho.

Hermes no quería luchar contra la diosa Leto, madre de Apolo y Artemis. Educadamente, respondió a su invitación:

—Señora, la victoria ya es vuestra.

Entonces Poseidón desafió a Apolo a un combate individual, que también rechazo.

—¿Por qué nosotros, dioses, tenemos que herirnos entre nosotros por unos pocos miserables mortales? —preguntó con calma.

Artemis la cazadora gritó a su hermano y le llamó cobarde despreciable, pero Hera se alzó, agarrando ambas muñecas de Artemis con una mano, le arrebató el arco y las flechas y le abofeteó, sonoramente, ambas mejillas.

Mientras tanto, Aquiles conducía a los troyanos precipitadamente hacia Troya, donde Príamo abrió todas las puertas para que entraran. Héctor, solo, guardó la defensa de la entrada oeste. Príamo lloraba y se tiraba de los cabellos canosos, pidiéndole que entrara rápidamente, antes de que lo mataran. Héctor no quiso escuchar y, cuando Aquiles se lanzó al ataque, se dio la vuelta y corrió a gran velocidad alrededor de las murallas, con la esperanza de que los troyanos lanzaran pesadas piedras desde las almenas sobre su perseguidor. Sin embargo, Aquiles le perseguía demasiado cerca para que esto fuera posible. Ambos dieron la vuelta a Troya cuatro veces. Finalmente, Atenea, disfrazada del hermano de Héctor, el príncipe Deifobo, se le apareció al lado gritándole:

—¡Detente, Héctor! ¡Vayamos a encontrarnos con Aquiles juntos, dos contra uno!

Engañado por la diosa, se detuvo, dio media vuelta y dijo:

—Aquiles, ya que es un duelo a muerte, tú y yo deberíamos jurar que quien mate y desnude al otro, enviará el cadáver a su gente para tener un entierro decente.

La única respuesta de Aquiles fue el zumbido de una lanza. Héctor se agachó y arrojó la suya, que rebotó en el escudo divino sin causar daño. Gritó por encima de su hombro:

—¡Rápido, Deifobo, préstame la tuya!

Al no tener respuesta, se dio cuenta de que Atenea le estaba engañando. Se sacó la espada y cargó. Mientras tanto, Atenea, invisiblemente, le devolvió a Aquiles su lanza, quien apuntó al cuello desnudo de Héctor y tumbó a su enemigo.

—Ahórrate mi cadáver —susurró Héctor—. El rey Príamo lo rescatará a digno precio.

—¡Canalla! —gritó Aquiles—. Por el mal que me has hecho, dejaré que los cuervos te saquen los ojos y que los perros roan tus huesos.

Y así murió Héctor. Aquiles desnudó su cuerpo, después le practicó unos agujeros en los tendones, pasó por ellos el cinturón bordado de Áyax, que ató a la parte trasera del carro, dio un latigazo a los caballos y arrastró a Héctor tras él, alrededor de las murallas de Troya. Príamo, Hécuba y Andrómaca miraban desde arriba horrorizados.

De vuelta al campamento, Aquiles construyó una hoguera de quince palmos de lado para el cadáver de Patroclo, y allí sacrificó por su alma una enorme cantidad de ovejas; también cuatro caballos, nueve perros y doce nobles troyanos prisioneros de guerra, que los había reservado para este acontecimiento. La llamarada iluminaba muchos kilómetros de campo. Al día siguiente, celebró unos juegos funerales en honor de Patroclo: una carrera de carros, un combate de boxeo, un combate de lucha, una carrera a pie y una competición de lanzamiento de jabalina, todos con valiosos premios. Todavía enajenado por la pena, se levantaba cada mañana para arrastrar el cuerpo de Héctor, dando tres vueltas a la tumba de Patroclo. Sin embargo, Apolo, delicadamente, protegía el cadáver para que no se pudriera o quedara mutilado.

Por último, el dios Hermes llevó al rey Príamo a la tienda de Aquiles protegido por la oscuridad y le mandó que aceptara un rescate justo: el peso del cadáver en oro puro. Príamo detestaba

tener que abrazar las rodillas de su enemigo y besar las terribles manos que habían matado a tantos de sus hijos, pero se obligó a sufrir esa vergüenza. Aquiles le trató cortésmente e incluso alabó el coraje de entrar en la tienda del enemigo por la noche. Acordaron el rescate. Sin embargo, por aquel entonces, quedaba tan poco oro en los tesoros de Príamo que cuando, al poco tiempo, se encontraron en el templo de Apolo, su hija Políxena tuvo que nivelar la balanza con su collar y sus pulseras.

Aquiles, impresionado por esta fraterna generosidad, y todavía profundamente enamorado, le dijo a Príamo:

—Con mucho gusto os cambiaría a vuestro hijo muerto por vuestra hija viva. Guardaos este oro, casad a vuestra hija conmigo y, si después devolvéis Helena a Menelao, acordaré una paz honorable entre nuestros pueblos.

Príamo respondió:

—No, coge el oro, como acordamos, y deja que me quede con el cuerpo de mi hijo. Pero estoy dispuesto a intercambiar una mujer viva por otra. Convence a tus camaradas para que dejen a Helena en Troya y no pediré honorarios de matrimonio por Políxena. Sin Helena estaríamos perdidos.

Aquiles prometió hacer lo que pudiera.

X

EL CABALLO DE MADERA

La guerra se alargaba interminablemente. Llegaron nuevos aliados para ayudar al rey Príamo, incluyendo la reina amazona Pentesilea de Armenia, que mató al rey Macaón y expulsó del campo, tres veces, al mismo Aquiles. Al final, con la ayuda de Atenea, Aquiles se deshizo de ella. Memnón, el rey negro de Etiopía, acabó con centenares de griegos, incluyendo al hijo mayor de Néstor, y casi, tuvo éxito en quemar las naves griegas; pero el gran Áyax le retó a un duelo, que fue interrumpido groseramente por Aquiles. Se acercó corriendo, dejó a Áyax a un lado, atravesó a Memnón con una lanza e hizo retroceder a los troyanos de nuevo.

Está resultó ser la última victoria de Aquiles, porque cuando aquella noche se encontró con Políxena, por un acuerdo secreto en el templo de Apolo, ella le sonsacó su secreto más importante. Políxena había jurado vengar a su querido hermano Héctor, y no hay nada que una hermosa muchacha no pueda hacer decir a un hombre como prueba de amor. Él le reveló que cuando Tetis le sumergió de niño en la laguna Estigia para hacerle invulnerable, le agarró fuertemente del talón derecho, que permaneció seco y desprotegido.

Al día siguiente volvieron a encontrarse en el mismo lugar, para que él confirmara la promesa de que, después de casarse con Políxena, arreglaría las cosas para que los griegos volvieran a casa sin Helena. El rey Príamo insistió en que Aquiles ofreciera un sacrificio a Apolo y llevara el juramento ante el altar de los dioses. Aquiles llegó descalzo y desarmado, pero dos de los hijos de Príamo, a los que envió para representarle, estuvieron planeando en

secreto su asesinato. El príncipe Deifobo abrazó a Aquiles, simulando amistad, mientras que Paris, escondido detrás de un pilar, le disparó al talón. La flecha con púas, guiada por Afrodita, le hirió mortalmente. Pese a que como venganza Aquiles lanzó teas de fuego desde el altar contra Paris y Deifobo, éstos consiguieron esquivarlas y sólo mató a un par de sirvientes del templo.

Ulises y el gran Áyax, que sospecharon traición en Aquiles, avanzaron tras él hacia el templo, con cautela. Al morir en sus brazos, les hizo jurar que cuando Troya cayera, sacrificarían a Políxena sobre su tumba. Paris y Deifobo volvieron en busca el cuerpo, pero Ulises y Áyax los derrotaron tras una dura pelea y lo pusieron a salvo.

Agamenón, Menelao y el resto del consejo derramaron lágrimas en el funeral de Aquiles, aunque pocos soldados rasos lamentaron la muerte de un traidor tan notorio. Sus cenizas, mezcladas con las de Patroclo, fueron guardadas en una urna de oro y las enterraron en un túmulo elevado, a la entrada del Helesponto.

Tetis regaló las armas y la armadura de Aquiles al jefe griego más valiente que quedaba a las puertas de Troya; y para avergonzar a Agamenón, por el que sentía un profundo desprecio, le nombró juez. Ulises y el gran Áyax, al haber defendido con éxito el cadáver de Aquiles de los troyanos, se dirigieron hacia allí rivalizando por este honor. Pero Agamenón temía la ira del que perdiera tan valorado premio, y por la noche envió espías para que escucharan bajo las murallas de Troya y le informaran de la opinión de los troyanos. Los espías se acercaron sigilosamente y, después de un rato, un grupo de muchachas troyanas comenzó a charlar encima de ellos. Una loaba el valor de Áyax al llevar el cadáver de Aquiles sobre sus hombros a través de una lluvia de lanzas y flechas. Otra dijo:

—¡Eso no tiene sentido, Ulises mostró mucho más coraje! Incluso una esclava hubiera hecho lo mismo que Áyax si le hubiesen dado un cadáver para llevar; pero ponle armas en las manos y no se atreverá a usarlas. Áyax utilizó ese cadáver como escudo, mientras que Ulises mantenía a nuestros hombres lejos con la lanza y la espada.

Confiando en este informe, Agamenón entregó las armas a Ulises. El consejo sabía que, si Aquiles hubiera estado vivo, nunca le

habría preferido a Ulises en vez de al gran Áyax, pues Aquiles apreciaba mucho a su galante primo. Además, los espías no entendían el frigio y, probablemente, fueron incitados por Ulises. Pero nadie se atrevía a decirlo.

Cegado por la ira, Áyax juró venganza contra Agamenón, Menelao, Ulises y sus compañeros consejeros. Aquella noche, Atenea le volvió loco y empezó a correr gritando, con la espada en mano, entre los rebaños que había capturado en ataques a granjas troyanas. Después de una inmensa carnicería, encadenó juntas a las ovejas y cabras supervivientes, las llevó al campamento y siguió con su sangrienta tarea. Eligió dos carneros, le cortó la lengua al mayor, confundiéndolo con Agamenón, y le cortó la cabeza. Entonces ató al otro por el cuello en un pilar y lo azotó sin piedad lanzando improperios y gritando:

—¡Toma esto, esto y esto, Ulises traidor!

Al final, cuando volvió a recobrar el sentido, enormemente avergonzado, fijó en el suelo la espada que Héctor le había dado y se lanzó sobre ella. Sus últimas palabras fueron una plegaria para las Furias pidiendo venganza. Ulises, con sabiduría, evitó este peligro ofreciendo la armadura a Neoptólemo, el hijo de diez años de Aquiles, que se acababa de unir a las fuerzas griegas y, como su padre a su misma edad, había crecido ya totalmente. Su madre era una de las princesas entre las que Tetis escondió a Aquiles en Esciros.

Calcante profetizó que Troya sólo podría ser tomada con la ayuda del arco y las flechas de Heracles, ahora pertenecientes al rey Filoctetes. Ulises y Diomedes partieron a buscarlos a la pequeña isla de Lemnos, donde Filoctetes todavía estaba abandonado. Después de nueve años, su herida olía tan mal como siempre y el dolor no había disminuido. Ulises le robó el arco y las flechas con un truco; pero Diomedes, deseando no verse mezclado en un asunto tan deshonesto, hizo que se los devolviera y convenció a Filoctetes para que volviera a bordo de la nave. Cuando anclaron en Troya, el hermano de Macaón le curó con hierbas analgésicas y una piedra preciosa llamada serpentina.

Todavía no estaba Filoctetes bien del todo cuando desafió a Paris a un duelo con arco. Paris disparó primero y apuntó al corazón de su enemigo, pero la flecha se desvió; Atenea, por

supuesto, se encargó de ello. Entonces Filoctetes disparó tres flechas sucesivamente. La primera atravesó la mano con la que Paris sujetaba el arco, la siguiente su ojo derecho y la última su tobillo. Se retiró de la lucha cojeando y, aunque Menelao intentó atraparle y matarle, consiguió llegar a Troya y morir en brazos de Helena.

Ahora Helena era viuda, pero el rey Príamo no podía soportar la idea de devolverla a Menelao; y sus hijos se peleaban entre ellos, todos querían casarse con ella. Entonces, Helena recordó que había sido reina de Esparta y esposa de Menelao. Una noche, un centinela la atrapó cuando se disponía a bajar trepando por una cuerda desde las almenas, con lo cual Deifobo se casó con ella a la fuerza, acto que disgustó a toda la familia real.

Las disputas por celos entre los hijos de Príamo se agravaron tanto que envió a Antenor para que discutiera términos de paz con los griegos. Pero Antenor no había perdonado a Deifobo por haber ayudado a Paris en la muerte de Aquiles en el templo del mismo Apolo, un sacrilegio que Príamo dejó sin castigar. Anunció en el consejo de Agamenón que traicionaría a Troya si después le nombraban rey y le daban la mitad del botín. De acuerdo con un antiguo oráculo, dijo, Troya no caería hasta que el Paladio, una imagen de madera y sin piernas de Atenea, de unos cinco palmos de altura, fuera robado de su templo de la ciudadela. Como era de esperar, los griegos ya conocían esta profecía por Heleno, que estaba loco de celos a causa de la boda de Deifobo. Así que Antenor prometió entregarles el Paladio cuando los dos favoritos de Atenea, Ulises y Diomedes, entraran en Troya por un camino secreto que él les mostraría.

Aquella noche, Ulises y Diomedes salieron juntos y, siguiendo las instrucciones de Antenor, apartaron un montón de piedras bajo la muralla del lado oeste. Se dieron cuenta de que aquello escondía la salida de una larga y ancha cañería de agua sucia que provenía directamente de la ciudadela. La esposa de Antenor, Téano, avisada, había drogado a los sirvientes del templo; así que Diomedes y Ulises no encontraron ningún obstáculo cuando llegaron arriba después de una escalada dura y fatigosa. Para asegurarse de que los sirvientes no estaban fingiendo que dormían, les cortaron el cuello y después volvieron por el mismo lugar. Téano bajó el Paladio tras ellos y puso una réplica en su lugar.

Diomedes, al tener un rango más alto, llevaba el Paladio atado en sus hombros, pero Ulises, que quería toda la gloria para él, le dejó que siguiera y después, cautelosamente desenvainó su espada. La luna creciente apareció, grande y brillante, sobre la cima del monte Ida, proyectando delante de Diomedes la sombra de la espada alzada por el brazo de Ulises. Éste se giró, sacó su propia espada, desarmó a Ulises, le ató las manos por detrás y le empujó con constantes patadas y golpes. De vuelta a la tienda del consejo, Ulises protestó violentamente por el trato de Diomedes. Afirmó que había desenvainado la espada porque había oído que les perseguía un troyano. Agamenón contaba demasiado con la ayuda de Ulises como para no estar de acuerdo con que Diomedes se debía de haber equivocado.

Entonces, Atenea inspiró a Ulises con una estratagema para llevar hombres armados a Troya. Bajo las instrucciones de Ulises, Epeo el focio, el mejor carpintero del campamento, aunque temeroso y cobarde, construyó un enorme caballo hueco de tablones de abeto. Tenía una escotilla oculta en el flanco derecho y en el izquierdo una frase grabada en grandes letras: «Con la agradecida esperanza de un retorno seguro a sus casas después de una ausencia de nueve años, los griegos dedican esta ofrenda a Atenea». Ulises entraría en el caballo mediante una escalera de cuerda, seguido por Menelao, Diomedes, el hijo de Aquiles, Neoptólemo y dieciocho voluntarios más. Epeo, engatusado, amenazado y sobornado, fue obligado a sentarse al lado de la escotilla, la cual sólo él podía abrir rápida y silenciosamente.

Los griegos, una vez unidas todas sus fuerzas, pegaron fuego a sus tiendas, echaron al agua las naves y remaron tierra adentro; pero no más allá del otro lado de Tenedos, donde eran invisibles desde Troya. Los compañeros de Ulises ya llenaban el caballo y sólo se quedó un griego en el campamento, su primo Sínon.

Cuando los exploradores troyanos salieron, al alba, encontraron el caballo que sobresalía por encima del campamento quemado. Antenor no sabía nada del caballo y, por lo tanto, se quedó quieto, pero el rey Príamo y muchos de sus hijos querían llevárselo a la ciudad sobre ruedas. Otros gritaban:

—¡Atenea ha favorecido a los griegos durante mucho tiempo! Que haga lo que quiera con lo que es suyo.

Príamo no quería escuchar ni sus protestas ni las urgentes advertencias de Atenea.

El caballo había sido construido intencionadamente demasiado grande para las puertas de Troya, y se atascó cuatro veces, incluso cuando se quitaron las puertas y se extrajeron algunas piedras de un lado de la muralla. Con unos esfuerzos agotadores, los troyanos lo empujaron hasta arriba, a la ciudadela, pero, al menos, tomaron la precaución de reconstruir la muralla y volver a poner las puertas en su lugar. La hija de Príamo, Casandra, cuya maldición consistía en que ningún troyano tomaría en serio sus profecías, gritó:

—¡Tened cuidado, el caballo está lleno de hombres armados!

Mientras tanto, dos soldados se encontraron con Sinón escondido en una torre al lado de la entrada del campamento, y le llevaron al palacio real:

—Tenía miedo de ir en la misma nave que mi primo Ulises. Hace tiempo que quiere matarme y ayer casi lo consiguió.

—¿Por qué quiere matarte Ulises? —preguntó Príamo.

—Porque sólo yo sé cómo hizo apedrear a Palamedes y no confía en mi discreción. La flota habría partido hace un mes si el tiempo no hubiera sido tan malo. Calcante, por supuesto, profetizó, como ya hizo en Aulis, que era necesario un sacrificio humano, y Ulises dijo: «¡Nombra la víctima, por favor!». Calcante se negó a dar una respuesta inmediata, pero unos días después (supongo que sobornado por Ulises) me nombró a mí. Estaba a punto de ser sacrificado cuando se alzó un viento favorable, me escapé en medio de la excitación y ellos se marcharon.

Príamo se creyó la historia de Sinón, le liberó y le pidió una explicación acerca del caballo. Sinón contestó:

—¿Os acordáis de aquellos dos sirvientes del templo que encontraron misteriosamente asesinados en la ciudadela? Eso fue obra de Ulises. Llegó por la noche, drogo a las sacerdotisas y robó el Paladio. Si no confiáis en mí, observad con detenimiento lo que pensáis que es el Paladio. Veréis que es sólo una réplica. El robo de Ulises hizo enfadar tanto a Atenea que el Paladio real, escondido en la tienda de Agamenón sudaba como aviso del desastre. Calcante hizo construir un caballo enorme en honor de ella y advirtió a Agamenón que volviera a casa.

—¿Por qué lo hizo tan enorme? —preguntó Príamo.

—Para evitar que lo trajerais a la ciudad. Calcante profetizó que si lo conseguíais, entonces podríais armar una gran expedición por toda Asia Menor, invadir Grecia y saquear la propia ciudad de Agamenón, Micenas.

Un noble troyano llamado Laocoonte interrumpió a Sinón gritando:

—Señor mi rey, ciertamente, esto son mentiras puestas por Ulises en boca de Sinón. Sino Agamenón habría dejado el Paladio y también el caballo —y añadió—. Y por cierto, mi señor, ¿puedo sugerir que sacrifiquemos un toro a Poseidón, cuyo sacerdote apedreasteis hace nueve años porque se negó a dar la bienvenida a la reina Helena?

—No estoy de acuerdo contigo en lo relacionado al caballo —dijo Príamo—. Pero ahora que se ha acabado la guerra, deberíamos recobrar, como fuera, el amor de Poseidón. Nos ha tratado bastante cruelmente mientras esto ha durado.

Laocoonte salió para construir un altar cerca del campamento y eligió un toro joven y sano para sacrificarlo. Se preparaba para matarlo con un hacha, cuando dos monstruos inmensos salieron del mar, se enroscaron alrededor de sus miembros y de los dos hijos que le estaban ayudando, oprimiéndolos hasta quitarles la vida. Entonces los monstruos se deslizaron hacia la ciudadela y allí inclinaron sus cabezas en honor de Atenea, cosa que Príamo, desafortunadamente, entendió como señal de que Sinón había dicho la verdad y de que Laocoonte había sido matado por contradecirle. Sin embargo, en realidad, Poseidón envió las bestias marinas por petición de Atenea: como prueba de que odiaba a los troyanos tanto como ella.

Príamo dedicó el caballo a Atenea y, aunque Eneas se llevó a sus hombres lejos de Troya para ponerlos a salvo, sospechando de cualquier regalo de los griegos y negándose a creer que la guerra había acabado, todos los demás empezaron las celebraciones de la victoria. Las mujeres troyanas visitaron el río Escamandro por primera vez desde hacía nueve años y recogieron flores de sus orillas para decorar la crin del caballo de madera. Se dispuso un enorme banquete en el palacio de Príamo.

Mientras tanto, en el interior del caballo, pocos griegos podían dejar de temblar. Epeo lloraba silenciosamente, totalmente

aterrorizado, pero Ulises sostenía una espada ante sus costillas, y si hubiera oído el más mínimo suspiro, se la habría clavado. Aquella tarde, Helena se acercó y echó un vistazo al caballo de cerca. Se aproximó para acariciarle los flancos y, para divertir a Deifobo, que iba con ella, provocó a los ocupantes escondidos imitando las voces de todas sus esposas, una tras otra. Al no ser troyana, sabía que Casandra siempre decía la verdad; y también se imaginaba cuál de los jefes griegos se habría ofrecido voluntario para esta peligrosa hazaña. Diomedes y otros dos se estuvieron tentados de responder «¡Estoy aquí!», cuando oyeron pronunciar sus nombres, pero Ulises les contuvo e incluso tuvo que ahogar a uno de los hombres por ello.

Cansados de beber y bailar, los troyanos se durmieron profundamente, y ni siquiera el ladrido de un perro rompía la tranquilidad. Sólo Helena estaba despierta, escuchando. A media noche, justo antes de que saliera la luna llena, la séptima del año, salió de la ciudad con cautela para encender una almenara en la tumba de Aquiles; y Antenor ondeaba una antorcha en las almenas. Agamenón, cuya nave permanecía anclada cerca de la orilla, respondió a estas señales encendiendo una hoguera llena de astillas de madera de pino. Entonces, toda la flota desembarcó tranquilamente.

Antenor, yendo de puntillas hacia el caballo de madera, dijo en voz baja:

—¡Todo va bien! Podéis salir.

Epeo abrió la escotilla tan silenciosamente que uno se cayo por ella y se rompió el cuello. El resto bajó por la escalera de cuerda. Dos hombres fueron a abrir las puertas de la ciudad para Agamenón; otros asesinaron a los centinelas que estaban dormidos. Pero Menelao sólo podía pensar en Helena y, seguido por Ulises, corrió a toda velocidad hacia la casa de Deifobo.

XI

EL SAQUEO DE TROYA

Ulises se había comprometido a evitar la muerte de todos los troyanos que no ofrecieran ninguna resistencia; pero, además de respetar la mansión de Antenor, en la puerta de la cual había dibujado con tiza el dibujo de una piel de leopardo, sus compañeros entraron silenciosamente en todas las otras casas y mataron a sus ocupantes mientras dormían. Las tropas de Agamenón siguieron el ejemplo. Hécuba y su hija se escaparon hacia un laurel sagrado que había junto al altar de Zeus todopoderoso. Ella asía con fuerza el brazo del viejo Príamo para evitar que luchara. Sólo cuando Neoptólemo llegó corriendo y mató a su hijo pequeño, salpicando el altar con la sangre, Príamo pudo escapar y coger una lanza. Neoptólemo le atravesó con la suya y arrastró su cuerpo sin cabeza hacia la tumba de Aquiles, donde le dejó sin enterrar, para que se pudriera.

El príncipe Deifobo, que era magnífico con la espada, luchó por su vida, contra Ulises y Menelao, en las escaleras de su palacio, y habría matado a ambos si Helena no hubiera descendido silenciosamente y hubiera apuñalado a su odiado nuevo marido entre los hombros. Menelao, con la intención de cortarle el cuello a Helena, se dio cuenta de que ella todavía le amaba y, envainando su espada, la llevó indemne de vuelta a las naves.

Casandra se quedó en el templo de Atenea abrazando la réplica de madera del Paladio robado. El pequeño Áyax la cogió por el pelo, gritando:

—¡Venga, esclava!

Pero ella se agarró tan fuertemente a la imagen que también

tuvo que llevársela. Al final del día, Agamenon reclamo a Casandra como premio de honor y, para complacerle, Ulises se inventó la historia de que el pequeño Áyax había insultado groseramente a Atenea maltratando a su sacerdotisa. Para evitar ser apedreado hasta la muerte, como Palamedes, el pequeño Áyax se refugió en el propio altar de Atenea y juró que Ulises había mentido otra vez. Sin embargo, la misma Atenea castigó la violencia del pequeño Áyax: cuando su nave naufragó de camino a casa, hacia Grecia, ella tomó prestado uno de los rayos de Zeus todopoderoso y le mató con él cuando se dirigía hacia la orilla.

La gente de Agamenón saqueó Troya durante tres días y tres noches. Después dividieron el botín, quemaron las casas, derrumbaron las murallas y sacrificaron un inmenso número de ganado y ovejas para los olímpicos. Andrómaca fue entregada como esclava al hijo de Aquiles, Neoptólemo; y el consejo discutió qué se tenía que hacer con el joven Escamandrio. Ulises recomendó la destrucción de todos los descendientes de Príamo, basándose en que Heracles hizo posible la guerra troyana al perdonarle la vida estúpidamente a Príamo cuando éste tenía la misma edad que Escamandrio; y Calcante, amablemente, profetizó que Escamandrio si se le dejaba con vida, se vengaría por su padre y por su abuelo. Ya que los demás temblaban ante un acto tan horrible, Ulises, de forma implacable, lanzó al niño por las almenas.

El consejo también discutió sobre el destino de Políxena: la opinión de Calcante era que tenía que ser sacrificada sobre la tumba de Aquiles, de acuerdo con el deseo agonizante de éste cuando moría. Agamenón protestó:

—Ya ha sido derramada suficiente sangre, sangre de ancianos y de niños, así como la de guerreros. Los príncipes muertos, aunque sean famosos, no tienen derecho sobre los vivos.

Pero dos consejeros griegos, que no habían recibido tantos tesoros del reparto del botín como esperaban, exclamaron que Agamenón dijo esto sólo para complacer a la hermana de Polixena, Casandra, y convertirla en una prisionera más sumisa. Después de un buen rato de acalorada discusión, Ulises forzó a Agamenón a dejarlo estar. Por lo tanto, Políxena fue asesinada en la tumba de Aquiles, delante de todo el ejército. El joven Neoptólemo la decapitó con un hacha.

—¡Qué te encuentres con el mismo destino que yo! —fueron sus últimas palabras.

Se levantaron vientos favorables, y la flota griega pronto estuvo lista para zarpar.

—¡Zarpemos inmediatamente, mientras la brisa se mantenga! —gritó Menelao.

—No, no —dijo Agamenón—. Primero tenemos que hacer un sacrificio a Atenea.

—No le debo nada a la diosa —gruñó Menelao—. ¡Defendió la ciudadela troyana en contra de nosotros durante demasiado tiempo!

Los hermanos se separaron enfadados y nunca más volvieron a verse.

Faltaba asesinar a Polidoro, un hijo de Hécuba ya mayor, enviado por ella hacia pocos años a Tracia por seguridad, donde el rey Polimestor le crió como si fuera hijo propio. Los enviados de Agamenón le exigían a Polimestor que matara al muchacho, ofreciéndole como pago una vasta suma de oro y la mano de su hija Electra. Temiendo que rechazar esto significara el desastre, Polimestor aceptó el oro pero, antes que romper la fidelidad con Hécuba y Príamo, mató a su propio hijo, el compañero de juegos de Polidoro, en presencia de los enviados. Al ver al rey y a la reina hundidos en el dolor y, sin conocer el secreto de su propio nacimiento, Polidoro estaba tan desorientado por el asesinato que fue a consultar al oráculo délfico y le preguntó a la sacerdotisa de Apolo:

—¿Qué preocupa a mis padres?

Ella respondió:

—¿Por qué no estas tú preocupado? ¿Es poca cosa que tu ciudad haya sido quemada, tu padre se quede sin enterrar y tu madre esclavizada?

Polidoro volvió a Tracia enojado, donde no encontró ningún cambio desde que se había ido.

—¿Se puede equivocar Apolo? —se preguntó.

Entonces la reina le dijo quiénes eran sus verdaderos padres.

Hécuba fue hecha esclava por Ulises. Estaba a punto de partir con ella, pero la mujer profirió unas maldiciones tan atroces contra él y los otros crueles, mentirosos y traidores jefes griegos que Ulises decidió matarla. Sin embargo, se transformó por arte de magia en

una terrible perra negra, y corrió por allí aullando tan tétricamente que todos huyeron aterrorizados y confusos.

Antenor nunca llegó a ser rey de Troya, como se le había prometido, ni obtuvo parte del botín; pero Menelao acogió generosamente a bordo de su nave a él, a su mujer y a sus cuatro hijos supervivientes. Primero se establecieron en el norte de África, después en Tracia, y, finalmente, colonizaron las islas de Henética, ahora Venecia. También fundó la ciudad de Padua. El otro héroe troyano que escapó fue Eneas: desde Dárdano, su ciudad, cerca del monte Ida, vio las lejanas llamas de Troya y cruzando el Helesponto, se refugió en Tracia. Los romanos dicen que, con el tiempo, se trasladó a Italia y allí fue el antecesor de Julio César.

Troya perdió su importancia, ya que los griegos fueron los últimos en poder entrar en el mar Negro libremente y comerciar con Oriente. Algunas personas sin tierra y sin casa se establecieron en las ruinas de la ciudad. El nieto de Eneas, Ascanio, les gobernó; pero era un reino pobre. Y una generación después, Zeus, tomándole la palabra a Hera, destruyó las tres ciudades, Micenas, Argos y Esparta, que eran las que ella más quería.

Calcante viajó hacia el sur, a través de Asia Menor, hasta Colofón, donde murió (como le había advertido un oráculo) cuando se encontró con un rival que podía predecir el futuro mejor que él. Éste era el hijo de Apolo, Mopso. Una enorme higuera creció en Colofón, y Calcante intentó avergonzar a Mopso retándole:

—¿Quizá podrías decirme, estimado compañero profeta, cuántos higos crecen en este árbol?

Mopso, cerrando sus ojos, ya que confiaba más en la vista interior que en el cálculo, respondió:

—Claro que sí: primero diez mil higos, después una fanega más de las que se utilizan en Egina, cuidadosamente pesada, y, sí, después sólo quedará una.

Calcante se rió con desprecio por el higo adicional; pero una vez recogidos los higos, y pesados y contados, Mopso probó que tenía toda la razón.

—Para bajar de millares a cantidades menores, querido compañero profeta —dijo Mopso—, ¿podrías decirme, tal vez, cuántos cerditos producirá esta gorda cerda, cuándo nacerán y de qué sexo serán?

—Ocho cerditos, todos machos y los tendrá dentro de nueve días —respondió Calcante al azar, esperando irse de Colofón antes de que su conjetura fuera comprobada.

—Creo que estás equivocado —dijo Mopso, cerrando sus ojos de nuevo—. Yo profetizo que no tendrá más de tres cerditos, sólo uno de ellos macho y que nacerán a la medianoche de mañana, ni un minuto antes.

Mopso tenía razón, y Calcante se murió de vergüenza, castigo de Apolo por las muchas malas predicciones que éste había hecho para complacer a Agamenón y Ulises.

XII

LOS GRIEGOS VUELVEN A CASA

Los griegos que habían partido habían provocado la ira de tantos dioses y diosas poderosos que pronto desearon de todo corazón volver ante Troya.

Menelao, atrapado en una tormenta enviada por Atenea para castigar el insulto, perdió toda la gran flota espartana, excepto cinco naves, que el viento llevó a Creta y, desde Creta, a Egipto. Pasó ocho años en los mares del sur, porque cada vez que intentaba volver a casa, una nueva tormenta volvía a conducir las naves a tierra. Atenea le permitió visitar Chipre, Fenicia, Etiopía y Libia, donde, gracias a Helena, le recibieron hospitalariamente en todas las cortes reales; pues, aunque ya le había pasado la edad de la niñez, continuaba encantando a quien le ponía el ojo encima.

Dieciocho años de ausencia de Esparta entristecieron el corazón de Menelao; pero al final atracó en la isla egipcia de Faros y allí escuchó que su única esperanza para volver consistía en capturar a Proteo, un rey marino y profeta que pastoreaba una gran cantidad de focas, y pedirle consejo. Menelao y tres amigos acordaron matar a tres focas de las miles que encontraron abarrotando la playa y, cubriéndose con sus pieles, se ocultaron entre el rebaño. Cuando, después de un rato, Proteo emergió y, sin sospechar nada, durmió una siesta a su lado, le ataron fuertemente con una cadena. Se transformó varias veces en león, serpiente pantera, jabalí, torrente de agua y espeso matorral pero no pudo liberarse.

—¡Habla! —ordenó Menelao—. ¡Enséñame cómo romper un encantamiento que nos impide volver a casa!

—¿Has intentado ofrecerle sacrificios a Atenea? —preguntó

Proteo.

Por alguna razón, Menelao nunca había pensado en ello. Partió hacia Egipto e hizo lo que le aconsejó Proteo. Por una vez los vientos soplaron a favor, y llegó a Esparta, sano y salvo, diez días después.

Recordemos cómo había vengado Nauplio a su hijo asesinado, Palamedes: viajó por Grecia advirtiendo a las esposas de los enemigos de Palamedes que sus maridos planeaban divorciarse de ellas y casarse con bellas troyanas cautivas. Muchas de estas reinas creyeron a Nauplio y se buscaron amantes para que ocuparan el trono y las protegieran de tal desgracia.

Cuando Agamenón llegó a Micenas, rescatado por Atenea de una tormenta que hundió la mitad de su flota, Clitemnestra salió para recibirle como un héroe conquistador. Ella sabía de su vuelta desde mucho antes, porque él se las había apañado para encender una almenara en el monte Ida tan pronto como Troya cayó y tenía preparada toda una cadena de almenaras para llevar la noticia a Micenas, pasando por Lemnos y Tracia.

Clitemnestra pensaba que Casandra, que seguía el séquito de Agamenón, iba a ser la nueva reina; desenrolló una alfombra púrpura y dirigió a Agamenón hacia una lujosa casa de baños en mitad del jardín del palacio, donde las esclavas preparaban el agua caliente. Pero Casandra se negó a entrar en el patio, cayendo en un trance profético y chillando:

—¡Huelo sangre, huelo sangre!

Después de un placentero baño, Agamenón sacó un pie fuera de la bañera y Clitemnestra le dio una manzana para que se la comiera. Él se la acercó a la boca; ella le lanzó una red sobre la cabeza; él luchó para escaparse. Entonces, el amante de Clitemnestra, Egisto, apareció con la espada en mano y le golpeó dos veces entre el cuello y el hombro. Agamenón cayó dentro de la bañera, donde Clitemnestra le cortó la cabeza con un hacha.

Después salió corriendo e hizo lo mismo con Casandra.

Los griegos que volvían a casa atacaron a la guardia de Egisto, pero al acabar el agrio combate, nadie quedaba vivo. El extraño final de Agamenón completó una profecía conocida por Clitemnestra: que él no moriría ni dentro ni fuera del palacio (la casa de baños del jardín hizo buena esta parte de la profecía); ni en

agua ni en tierra (tenía un pie en la bañera y otro en el suelo); ni vestido ni desnudo (la red no era un vestido, aunque le cubría el cuerpo); ni comido ni en ayunas (se había acercado una manzana a la boca, pero todavía no se la había comido).

Egisto mató a dos de los tres hijos de Agamenón y Clitemnestra. El tercer hijo, Orestes, de diez años, sobrevivió al ser rescatado por una niñera de corazón noble. Puso a su propio hijo en la cama de la guardería real y dejó que Egisto le ahogara con las sábanas. Orestes, mientras tanto, fue sacado de palacio por su hermana Electra; y un buen amigo de la familia, que reinaba cerca de Delfos, le adoptó. Egisto gobernó Micenas durante siete años. Él también hubiera matado a Electra, temiendo que pudiera llegar a ser la esposa de algún rey y que algún día incitara a sus hijos a vengar la muerte de su famoso abuelo, pero Clitemnestra detuvo a Egisto:

—No —dijo—, la casaré con un campesino y no le quitaré ojo de encima.

Así se hizo. Sin embargo, Electra, a menudo enviaba mensajes secretos a Orestes recordándole su deber de matar a Egisto.

A la edad de diecisiete años, Orestes consultó el oráculo délfico. La sacerdotisa le replicó que si no hacía lo que pedía su hermana, Apolo le convertiría en leproso; pero le recomendó suma precaución. Por eso Orestes fue con su amigo Pílades al palacio de Micenas haciéndose pasar por un vendedor ambulante y le dijo a Egisto que, camino de Delfos, un forastero le había dado malas noticias para la reina Clitemnestra: su hijo Orestes había muerto de unas fiebres.

—El hombre que encontré —dijo Orestes— llegará pronto y traerá las cenizas en una urna funeraria.

Ni Clitemnestra ni Egisto reconocieron a Orestes y, media hora más tarde, Pílades llegó y les dio la urna funeraria, que, supuestamente, contenía las cenizas. Se sintieron más aliviados por no tener que sufrir la venganza. Pero, mientras los cuatro estaban charlando, Orestes sacó su espada y mató a Egisto. De acuerdo con algunos relatos, también mató a Clitemnestra. Sin embargo, la verdad parece ser que simplemente la llevó frente a una corte de justicia y que, cuando pronunciaron la sentencia de muerte, él se excusó por haber recomendado merced para su madre, como había hecho, al ser ahora el alto rey de Grecia.

El rey Idomeneo tuvo un horrible regreso a Creta. Su esposa, la reina Meda, eligió a un tal Leuco como amante. Leuco usurpó el trono, pero después asesinó a Meda y a casi toda su familia, argumentando que si ella podía haber engañado a Idomeneo, podía engañarle igualmente a él. Sólo la hija menor de Meda pudo escapar a una parte salvaje de la isla, adonde, casualmente, fue conducida por una tormenta la pequeña flota de Idomeneo. Éste le prometió a Poseidón que si llegaba sano y salvo a la orilla, sacrificaría al primer ser vivo que encontrara. Y resultó que fue su propia hija. Idomeneo estaba a punto de llevar a cabo la promesa, cuando, de repente, una plaga causó estragos entre sus hombres y él apartó el hacha. Leuco, al oír la historia, culpó a Idomeneo no sólo de haber faltado a la promesa, sino también de haber provocado la plaga. Expulsado de Creta, Idomeneo emigró a Calabria, en el sur de Italia, donde murió algunos años después.

El rey Diomedes, al llegar a Argos con una o dos veintenas de seguidores, se enteró que su mujer también le había sido infiel y que su amante había usurpado el trono. Expulsado por sus antiguos súbditos, siguió a Idomeneo a Italia y construyó la famosa ciudad de Brundisium, hoy Brindisi.

De acuerdo con el relato más antiguo, aún peor fortuna tuvo Ulises, que merecía un castigo mucho más cruel que los otros jefes griegos. De vuelta a Ítaca, después de un desastroso viaje de diez años, fue en busca de su mujer Penélope, que tenía no uno, sino ¡quince amantes! Ulises zarpó, disgustado, hacia Etolia, donde pasó diez años más de desdicha. Cuando, con el tiempo, volvió, su hijo Telémaco, confundiéndole con un pirata, lo atravesó con una lanza hecha de espina de raya cuando saltaba a tierra.

Teucro el arquero llevó su pequeña flota sana y salva a casa, a Salamina, pero el viejo rey Telamón bajó con un ejército a la playa y no quería dejarle desembarcar.

—¿Por qué no has vengado a tu glorioso hermano Áyax matando a Agamenón y Ulises? —le preguntó duramente—. ¿Por qué no me has traído, al menos, los huesos de mi hijo?

Teucro sólo pudo responder encogiéndose de hombros; así que, a pesar de las lágrimas y protestas de su madre Hesíone, se vio obligado a partir de nuevo. Chipre parecía un lugar de exilio adecuado, y allí se encontró con una bienvenida más cálida. Se casó

con la hija del rey y fundó una nueva ciudad, llamada también Salamina, y nunca volvió a casa, ni siquiera para el funeral de Telamón.

Neoptólemo llegó a Ptiótide sano y salvo, y después se convirtió en el marido de Hermione, hija de Helena y Menelao. Sin embargo, fue lo bastante imprudente como para visitar Delfos y acusar a Apolo de haberse disfrazado de Paris para disparar a su padre Aquiles. Cuando la sacerdotisa negó fríamente la verdad de esta acusación, Neoptólemo saqueó y quemó el templo. Reapareció algunos años después, y entonces acusó a Apolo de esterilizar a Hermione. La sacerdotisa le ordenó que sacrificara una gruesa res al dios. Neoptólemo obedeció, pero detuvo al sirviente del templo cuando empezaba a llevarse al ternero y se lo quedó:

—¿Quién vengará a Políxena y nos librará de este conflictivo joven? —gritó la sacerdotisa.

—Cuenta conmigo —respondió el sirviente del templo.

Cortó en dos a Neoptólemo con el hacha y enterró el cuerpo bajo el suelo del templo de Apolo que se estaba reconstruyendo. Políxena quedó, así, vengada.

De acuerdo con otra versión, Orestes sobornó a los habitantes de Delfos para que mataran a Neoptólemo, ya que le habían prometido en matrimonio a Hermione antes de que Menelao fuera a Troya. También debe de haber algo cierto en esta historia.

El único jefe griego que no pudo quejarse de su vuelta a casa fue el rey Néstor. No tomó parte activa en la guerra de Troya, puesto que era demasiado veterano para hacer algo más que conducir el carro gritando arriba y abajo por el campo de batalla; y, aunque su consejo solía ser equivocado, no rompió ninguna promesa, no ofendió a ningún dios, no decepcionó a ningún amigo ni cometió ningún asesinato. Lo encontró todo bien en la arenosa Pilos y disfrutó de una placentera vejez, rodeado por valerosos y obedientes hijos, que escuchaban con atención cuando explicaba y volvía a explicar anécdotas de sus proezas en campañas olvidadas ya hacía mucho tiempo.

XIII

LOS VIAJES DE ULISES

Según la *Odisea*, poema que muestra a Ulises bajo una luz diferente, primero partió hacia Tracia después de dejar Troya. Allí saqueó y quemó la ciudad de Ismaros. Un sacerdote de Apolo, cuya vida se comprometió a guardar le dio como agradecimiento muchas jarras de vino dulce, la mitad de las cuales se las bebieron sus hombres en un almuerzo en la playa. Algunos habitantes de Tracia, que vivían en el interior, vieron llamas elevándose de Ismaros y como venganza cargaron sobre los marineros borrachos. Ulises embarcó a la mayoría de ellos otra vez, aunque tuvo que abandonar a los muertos y a los heridos de gravedad. Entonces, un violento vendaval del noreste llevó a su flota por el mar Egeo hacia Citera, una isla en la punta más meridional de Grecia. Aprovechando una calma repentina, hizo que sus hombres remaran e intentaron doblar Citera, dirigiéndose hacia el noroeste, hacia Ítaca, pero el vendaval soplaba con mayor furia que antes y duró nueve días.

Cuando al final cesó, Ulises se encontró a la vista de Sirinx, la isla de los lotófagos, frente a la costa norteafricana. El loto es una baya dulce, sin hueso, amarilla y bastante saludable, aparte de que quien la come pierde la memoria. Ulises desembarcó en Sirinx y, mientras llenaba las tinajas de agua, envió a tres exploradores para que comprobaran qué comida podía comprarse o cogerse. Los exploradores, después de haber comido unos cuantos lotos ofrecidos por los simpáticos nativos, olvidaron, inmediatamente, dónde estaban, por qué habían ido allí e, incluso, sus propios nombres. No querían nada más que pasar el resto de sus vidas allí, comiendo lotos.

Ulises se dirigió hacia el norte hasta que llegó a la fértil, pero deshabitada isla de Sicilia, llena de cabras salvajes, algunas de las cuales mató para comérselas. Después tomó una sola nave para explorar la costa por el otro lado. Ésta era la tierra de los feroces cíclopes, u ojos-redondos, llamados así porque todos tenían un deslumbrante ojo en medio de la frente. Los cíclopes eran pastores gigantes y huraños, que vivían apartados los unos de los otros en cuevas excavadas en la roca. Ulises y sus compañeros vieron la entrada de una de estas cuevas, alta y cubierta de hiedra, detrás de un corral de ovejas. Entraron sin darse cuenta de que era la casa de Polifemo, un cíclope antropófago. Al ver que no había nadie, encendieron un fuego, mataron y asaron algunos cabritillos que rondaban por allí, acompañándolos con queso de algunas cestas que colgaban de las paredes, y comieron felizmente. Hacia la tarde, Polifemo llegó, condujo su rebaño hacia la cueva y cerró la entrada con una piedra tan enorme que ni treinta pares de bueyes apenas podrían haberla movido. Algunos minutos después, cuando Polifemo se sentó a ordeñar las ovejas y las cabras, levantó la mirada y vio a Ulises.

—¿Qué se os ofrece? —preguntó bruscamente.

—Somos griegos, recién llegados del famoso saqueo de Troya —respondió Ulises—, y confiamos en tu hospitalidad.

Polifemo cogió inmediatamente a dos marineros, estampó sus cabezas contra el suelo de piedra y se los comió crudos. Ulises se contuvo para no atacar al monstruo, puesto que ni él ni sus compañeros eran lo suficientemente fuertes para desbloquear la entrada, poca esperanza podían tener en escaparse matándole. A la hora del desayuno Polifemo se comió a dos marineros más, después quitó la piedra haciéndola rodar, sacó el rebaño y volvió a poner la piedra en su sitio.

Ulises encontró una estaca verde de olivo, afiló uno de sus extremos con la espada y la escondió bajo un montón de excrementos de oveja. Aquella tarde, a su vuelta, Polifemo volvió a comerse dos marineros más. Ulises, que había traído una bota de vino, le ofreció un tazón. El monstruo se lo bebió con gula, pues nunca antes había probado el vino, y pidió otro.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Me llamo Nadie —contestó Ulises, escanciándole vino.

—¡Entonces prometo comerte el último, querido Nadie! Me gusta tu vino. ¡La próxima vez échame el doble!

Pronto cayó en el sueño de los borrachos. Ulises prendió fuego en el extremo afilado de su estaca y lo clavó en el ojo de Polifemo, retorciéndolo. El ojo estalló, Polifemo gritó, y los demás cíclopes, al oír el bullicio, se agruparon fuera de la cueva.

—¿Qué pasa, vecino? —gritaron.

—¡Socorro! ¡Estoy ciego y agonizo! ¡Es culpa de Nadie! —respondió gritando.

—¡Pobre muchacho! Si no es culpa de nadie no hay nada que decir. ¡Adiós y, por favor, haz menos ruido!

Polifemo se arrastró hasta la entrada de la cueva a tientas, con la esperanza de coger a uno o dos marineros, pero la luz del fuego les ayudó a esquivarle.

Al alba, Ulises ató a cada uno de sus compañeros boca arriba, bajo la barriga de una oveja, la que estaba en medio de tres.

—Ponedlas en fila cogiéndolas por la lana —ordenó.

El mismo Ulises eligió el carnero mayor y, cuando Polifemo sacó el rebaño a pastar, palpándoles los lomos para asegurarse de que nadie las montaba, se acurrucó bajo ese carnero, colgando de los dedos de las manos y de los pies. Polifemo detuvo al gran carnero y le habló larga y tristemente, sin darse cuenta de lo cerca que estaba su enemigo. Así que Ulises y los marineros supervivientes escaparon y subieron todo el rebaño a bordo de su nave. Cuando partieron, burlándose a gritos, Polifemo les lanzó tres rocas inmensas, pero ninguna acertó.

Entonces, Ulises se dirigió, pasando por Sicilia, a la isla del rey Eolo, el guardián divino de los vientos. Allí fue amablemente atendido durante un mes; después del cual Eolo le dio una bolsa de cuero cerrada con hilo de plata.

—He encerrado a todos mis vientos en esta bolsa —dijo—, excepto el suave viento del oeste. Él te llevará a través del mar hasta Ítaca. Pero si cambias tu rumbo, abre la bolsa con cuidado y convoca al viento que necesites.

La nave estaba tan cerca de Ítaca que se podía ver el humo que salía de los fuegos del palacio real, cuando Ulises se durmió, absolutamente exhausto. Sus hombres, que pensaban que la bolsa de cuero contenía vino, desataron el hilo de plata y la abrieron del

todo. Los vientos salieron de golpe bramando, conduciendo la nave ante ellos. Había transcurrido menos de una hora cuando Ulises se encontró de nuevo en la isla del rey Eolo, disculpándose y suplicando más ayuda. Eolo se la denegó.

—¡Usa tus remos! —gritó secamente.

Los hombres de Ulises remaron y al día siguiente llegaron a Formia, un puerto italiano cerrado y habitado por los caníbales lestrígonos. Atracó su flota en la playa y mandó a algunos marineros a buscar agua. Pero, reunidos sobre los acantilados, los lestrígonos lanzaron piedras que hicieron pedazos sus naves. Después asesinaron y se comieron a la tripulación. Ulises escapó en una nave.

Un violento vendaval del sur le condujo después hasta el final del mar Adriático y tomó tierra en Eea, una pequeña isla gobernada por la diosa Circe. Cuando el amigo de Ulises, Euríloco, se llevó a un grupo de veinte hombres a tierra, Circe les invitó a todos a su palacio. Lobos y leones rondaban por el jardín. Para sorpresa de Euríloco, en lugar de atacar a los marineros, se alzaban sobre sus patas traseras y les acariciaban cariñosamente.

Circe ofreció a sus visitantes un buen banquete, que consistía en queso, pan de cebada, miel y vino; pero estaba drogado. Habían comido sólo unos pocos bocados cuando ella les golpeó en los hombros con su varita. Se convirtieron en cerdos que encerró en una sucia pocilga, y les lanzó bellotas como postre. Aquellos leones y lobos también eran hombres, encantados del mismo modo. Sólo Euríloco escapo: había temido alguna trampa y, en vez de entrar en palacio, observó desde una ventana.

Ulises cogió su espada y se apresuró al rescate. Por el camino se encontró con Hermes, que amablemente le dio un amuleto contra la magia de Circe: una flor blanca muy aromática con una raíz negra, llamada «hierba de vida».

Circe sirvió a Ulises el mismo tipo de comida, pero cuando agitó su varita para transformarle, Ulises olió la flor de la hierba de la vida, se salvó y la amenazó con cortarle la cabeza. Circe cayó a sus pies llorando. Ulises le perdonó la vida con la condición de que devolviera a todos los animales su forma humana y que nunca volviera a usar tan terribles encantos. Se hicieron muy amigos y pasaron tres años juntos como marido y mujer.

Circe ayudó a Ulises a visitar el mundo subterráneo de las tinieblas, donde él intercambió noticias con los fantasmas de Agamenón, Aquiles y otros viejos camaradas (sólo el gran Áyax frunció el ceño y se marchó enfadado). Entonces, Ulises dijo adiós a Circe, prometiéndole que volvería pronto, y zarpó hacia el sur, hacia Ítaca. Circe le advirtió sobre la isla de las sirenas. Las sirenas eran mitad pájaro, mitad mujer, y cantaban tan maravillosamente que los marineros que oían sus voces siempre intentaban ir tras ellas, pero sus naves chocaban contra las rocas ocultas que guardaban la orilla. Ulises tapó las orejas de sus marineros con cera e hizo que le ataran al mástil para poder escuchar las canciones de las sirenas cuando la nave pasara por allí.

—¡Desatadme —gritó—, u os mataré uno por uno!

Ya que los marineros no podían oír ni a las sirenas ni a Ulises, obedecieron su primera orden de atarle aún más fuerte al mástil. Su nave pudo así escapar del desastre, y las sirenas se suicidaron ofendidas.

Entonces, Ulises tuvo que navegar entre dos acantilados que separaban Italia de Sicilia. En el lado siciliano vivía Caribdis, un monstruo que bebía enormes cantidades de agua tres veces al día y que después, de repente, la escupía en forma de remolino. En el lado italiano vivía Escila, una perra de seis cabezas que comía marineros. Alejándose poco a poco de ella para evitar el mayor peligro de Caribdis, Ulises perdió una cuarta parte de la tripulación: Escila emergió y atrapó a dos marineros con cada par de mandíbulas y los devoró tranquilamente.

Al día siguiente, atracó en Sicilia para esperar un viento favorable, pero las provisiones de Circe ya se habían acabado y los marineros tenían hambre. Mientras Ulises dormía, mataron y asaron algunas vacas que pertenecían al dios del sol, Hiperión, que se quejó a Zeus todopoderoso. Cuando partieron de nuevo, Zeus lanzó su rayo sobre la nave y la hundió.

Todos se ahogaron, excepto Ulises. Se agarró al mástil partido y, después de nueve días a la deriva, fue arrojado a la orilla de la isla de Calipso, hambriento y casi muerto.

Calipso, una hermosa hechicera, se enamoró enseguida de Ulises, y lo retuvo cinco años más. Él se cansó pronto de su compañía, al no haber nadie más por allí, y miraba el horizonte

durante todo el día sentado tristemente en la orilla. Al final, Zeus envió una orden que Calipso no se atrevió a desobedecer: «¡Libera al rey Ulises!». Ella fue a buscar un hacha, una sierra y otras herramientas que tenía en un escondrijo y le dijo que construyera una balsa con troncos de árbol. Cuando la finalizó, Ulises le dio a Calipso un beso de despedida, puso comida a bordo, arrastró la balsa haciéndola rodar sobre troncos, se hizo a la mar y fue llevado por una suave brisa. No había recorrido una gran distancia cuando una inmensa ola volcó la balsa. Ulises nunca llegó a descubrir a qué dios tenía que culpar por este desastre.

Dos días después fue arrastrado hasta la orilla, desnudo, cerca de Drépane, en Sicilia, donde la encantadora princesa Nausicaa había llevado a sus muchachas a lavar la ropa a la boca de un río. Mientras jugaban juntas en su descanso del mediodía, la pelota fue a parar al agua, cerca de un bosquecillo detrás de donde Ulises estaba oculto. Las muchachas gritaron cuando apareció Ulises, pero Nausicaa le prestó ropa y se lo llevó al palacio de su padre, el rey Alcinoo. Después de escuchar el relato, no muy fiel, de las aventuras de Ulises, Alcinoo le envió a Ítaca en una buena nave. Una vez más, al ver su propia isla, Ulises se durmió.

Los marineros no se atrevieron a despertar a Ulises; en vez de eso, le dejaron echado en la playa y se marcharon. Atenea le despertó, disfrazada de pastorcillo, y Ulises se hizo pasar por un cretense al que habían desembarcado en contra de su voluntad. Atenea se río.

—¡Nunca mientas a una diosa! —dijo ella—. Si quieres hacerme caso, visita a Eumeo, tu viejo porquerizo, y oirás las últimas noticias. Puedes fiarte.

Ulises se dio a conocer, debidamente, a Eumeo y supo que ciento doce insolentes nobles jóvenes estaban cortejando a su esposa Penélope y organizando fiestas cada día en el palacio a sus expensas.

—Amenazan con quedarse hasta que ella decida con cuál se va a casar —explicó Eumeo—. Pero la reina Penélope sabe por un oráculo que volverás pronto, así que ella está haciendo tiempo. Dijo a sus pretendientes que tenían que esperar hasta que acabara un complicado bordado. Aunque trabaja todo el día, deshace los puntos por la noche, mes tras mes.

Vestido con harapos, como un pedigüeño, Ulises fue al palacio, y allí vio a Argos, su viejo perro de caza, acurrucado en un montón de estiércol, sucio, decrépito y atormentado por las pulgas, pero todavía vivo. Argos agitó la poca cola que le quedaba y murió feliz; Ulises se secó una lágrima. En el patio, caminó alrededor de las mesas, pidiendo a los pretendientes de Penélope que le dieran los restos de la comida. Nadie le ofreció nada; uno incluso le lanzó un taburete a la cabeza. Entonces, Iros, un pedigüeño de verdad, intentó echarlo y, cuando se negó, le desafió a un combate de boxeo, pero quedó derrotado con un solo golpe.

Mientras tanto, el hijo de Ulises, Telémaco, volvía de un viaje. Al detenerse en la tienda de Eumeo, supo que los pretendientes estaban planeando matarle y que su padre acababa de llegar disfrazado. Pronto, los tres se reunieron y planearon cómo castigar a los pretendientes. Cuando Ulises visitó a Penélope, ella no le reconoció, así que él le explicó una larga historia acerca de que había encontrado a su marido de camino al oráculo de Zeus en Dodona.

—Estará aquí dentro de pocos días —dijo Ulises.

Penélope le escuchó ansiosamente y ordenó a Euriclea, una sirvienta muy anciana que había sido la niñera de Ulises, que lavara los pies del noble forastero. Cuando Penélope salió de la habitación, Euriclea reconoció una cicatriz de su pierna y lanzó un grito de alegría, pero Ulises la agarró por el cuello y la hizo callar, pues no estaba seguro todavía de si Penélope era digna de confianza.

A la tarde siguiente, por advertencia de Telémaco, Penélope anunció a los pretendientes que se casaría con el que acertara a lanzar una flecha por los aros de doce hachas puestas en fila (estos aros se usaban para colgar las hachas en las paredes). Todos debían disparar con el propio arco de Ulises, dijo ella.

Todos quisieron tensar el arco, que estaba tan rígido por haber estado doce años en desuso que ninguno pudo hacerlo. Finalmente, Ulises, a pesar de las muchas protestas y de los groseros insultos, cogió el arco, lo tensó con facilidad y su flecha traspasó limpiamente la hilera de aros.

Telémaco, que se había escabullido en silencio, volvió a entrar blandiendo una espada. Enseguida Ulises disparó al cuello al jefe de los pretendientes. Sus compañeros saltaron para coger las lanzas

colgadas en la pared, pero Telémaco las había quitado de ahí la noche anterior. Las flechas de Ulises alcanzaban a los pretendientes a montones; y Telémaco, ayudado por Eumeo y otro sirviente de palacio armado, se deshizo del resto. Sólo después de todo esto, Ulises se dio a conocer a Penélope.

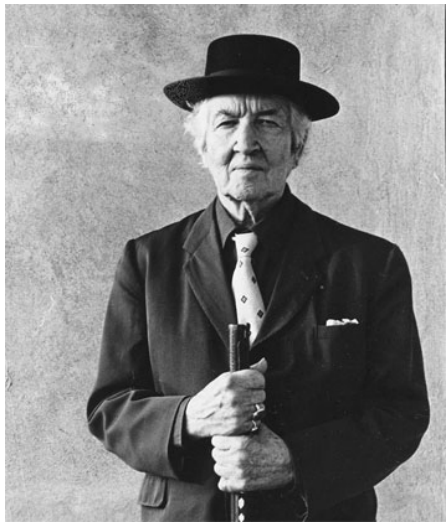
Estos mismos aguerridos hombres lucharon en una dura batalla al día siguiente contra los familiares de los pretendientes, y estaban cerca de conseguir una segunda victoria cuando Atenea descendió e impuso una tregua.

Entonces, Ulises gobernó Ítaca en paz hasta que murió.

FIN

Índice de contenido

Cubierta
La guerra de Troya
PRÓLOGO
I LA FUNDACIÓN DE TROYA
II PARIS Y LA REINA HELENA
III LA EXPEDICIÓN ZARPA
IV LOS PRIMEROS OCHO AÑOS DE GUERRA
V LOS GRIEGOS CONSIGUEN VENTAJA
VI AQUILES SE PELEA CON AGAMENÓN
VII LOS TROYANOS CONSIGUEN VENTAJA
VIII EL CAMPAMENTO, EN PELIGRO
IX AQUILES VENGA A PATROCLO
X EL CABALLO DE MADERA
XI EL SAQUEO DE TROYA
XII LOS GRIEGOS VUELVEN A CASA
XIII LOS VIAJES DE ULISES
Sobre el autor



ROBERT GRAVES (Wimbledon, Londres, 24 de julio de 1895 - Deyá, 7 de diciembre de 1985). Escritor, poeta y traductor inglés, es conocido principalmente por su vasta obra histórica, aunque también su poesía alcanzó numerosos reconocimientos.

Graves estudió en importantes instituciones como el Kings College o St. Johns antes de incorporarse a filas durante la Primera Guerra Mundial, conflicto que marcó su producción literaria, sobre todo la poética, siendo uno de los llamados poetas de la guerra. Herido de gravedad, Graves volvió a Inglaterra en 1916.

Tras la guerra Graves dio clases en Egipto y vivió a caballo entre varios países y Londres hasta que decidió instalarse en Mallorca con su mujer, donde, tras unos primeros libros de crítica literaria, comenzó a publicar novela histórica. De este periodo son algunas de sus obras más conocidas como *Yo, Claudio* o *Belisarius*.

Tras la Guerra Civil, que Graves pasó en EEUU e Inglaterra, llegó un periodo en el que vieron la luz *Rey Jesús* o *La diosa blanca*, entre otras grandes novelas históricas en las que el autor británico completó su abanico de obras dedicadas a la antigüedad y los mitos griegos, romanos e incluso celtas.

Graves murió en Deià, Mallorca, a los 90 años.